

Ximena Aguiar y Ana Pais

ROSTROS QUE SE HACEN HUMO

Historias y miradas sobre la pasta base en Uruguay





ROSTROS QUE SE HACEN HUMO

Historias y miradas sobre la pasta base en Uruguay

Ximena Aguiar y Ana Pais



Prosecretario de la Presidencia de la República
Presidente de la Junta Nacional de Drogas
Jorge Vázquez

Secretario General de la Secretaría Nacional de Drogas
Milton Romani

Área Prensa y Comunicación
Hernán Merlino (Responsable de Área)
Jessica Ramírez

Dirección Nacional de Impresiones y Publicaciones Oficiales
IMPO

Director General
Álvaro Pérez Monza

Responsables de la investigación, redacción y corrección
Ximena Aguiar
Ana Pais

Diseño
Denisse Torena

Ilustraciones
Ximena Aguiar



puso "emergencia nacional" por la pasta base

Adicto a la pasta base mató de un tiro a la madre y se suicidó

... intentaron asaltar a dos de las víctimas en el Cerro y Casavalle

Directa relación entre la pasta base y la violencia

La industria del mal De las hojas de coca a la pasta base

persona... do ve... blancha... jeja... te cuenta... cuando es... pasta base... stá... do igual... ene los... nos... mpiones... campera... , porque... mpeño".

Familiares de adictos emprenden guerra contra la pasta base

Habla el comisario que le pegó el golpe más duro a diabólicos traficantes de pasta base

Un gallo y cuatro gallinas por pasta base

... Nacional de Seguridad...

QUELGAN CHAMPIONES Y ZAPITOS VIEJOS EN RAMAS DE ÁRBOLES Y CASAS PARA CAPTAR ADICTOS A LA PASTA BASE

Lamentablemente el público más ignorante consume esa basura (la cumbia villera) como la pasta base"

Padre mata a hijo adicto a pasta base

Año cerrará con requisa histórica de pasta base

Al cierre de este año, según se anticipa, se realizará una gran requisa de pasta base en todo el país...

Propondrá tipificar suministro de pasta base como "intento de homicidio"

SOCIEDAD "La puta soledad, la puta pasta base"

"Dicen que cuando se consume pasta base la persona se siente bien, pero después no puede dejar de recurrir a ella y la cabeza le termina explotando"

"A los uruguayos los dejás felices con una casa en la playa para ir los domingos. Ese es un valor que sigue vigente, a pesar de la pasta base y de la dictadura"



Prólogo

ESTÁ DICHO:

EL PROBLEMA DROGAS ES UN TEMA COMPLEJO

Entramado de vínculos de hombres y mujeres con la cultura, con sí mismos construyendo familia e identidades. Enraizado con la historia social y con ella singularizándose en cada uno de nosotros, con temas medico-biológicos, con trastornos mentales y con la genealogía individual, familiar y social. Mente y cuerpo nuevamente bajo una mirada exigente, con respuestas humanas diversas e históricamente determinadas.

Parecería que no alcanzan las denominaciones y categorías para describirlo. La respuesta humana a estas complejidades es la simplificación, la alarma, cuando no la negación. También la construcción de mitos y leyendas sostenidas por una comunicación lisa, ruidosa y a veces alarmista para intentar comprender, sostener o calmar el dolor y la angustia.

Las drogas que se utilizan en medicamentos tienen un curso legal, aún los opiáceos, bajo control. Otras han sido capturadas por la legislación internacional y su producción y tráfico son ilícitos penales. Pero eso agrega un dato más elocuente al problema drogas.

Son mercancías con valor de uso sobrevaluadas y por lo tanto intervienen en las transacciones comerciales (ilícitas) que modula el sistema de mercado actual. Despliegan, a su vez, una acumulación de capital que en grandes proporciones se recicla en el sistema de intercambios legal vía lavado. Como toda mercancía y objeto de consumo en la sociedad actual se transforma en un fetiche. Mercancía fetichizada para una vida consumista que hace identidades falsas a partir de los objetos.

Mercancía fetichizada en el sistema de circulación ilícita que distorsiona, aumenta y promueve ganancias acopladas. En realidad, el problema no es el consumo de variadas sustancias naturales o producidas por el hombre. La humanidad ha recurrido a las drogas para calmar sus dolores del alma, en el sentido religioso, pero también ha usado de la madre tierra, por ejemplo, los opiáceos para la calma del dolor.

En este circuito vincular y de fetichización de los objetos, los medios de difusión masiva escritos, radiales, televisivos e internéticos juegan un papel importante como producto y productor de cultura. El formato dominante para propietarios, directores, editores, periodistas y movileros (cada uno a su modo y con sus contradicciones) es "la noticia" en sentido de rating. Es decir, en sentido competitivo y en una manipulación bastante asimétrica con el consumidor. Manipulación que parte de criterios muy esquemáticos y fundamentalistas sobre el supuesto gusto de sus consumidores.

La noticia-espectáculo parece ser el formato que gana terreno. La droga, el narcotráfico y la seguridad ciudadana parecen ser los guiones elegidos para un buen rating de los noticieros. El flash, la música de suspenso, se combina con otro formato que es funcional al zapping. La noticia es perecedera. Todo es noticia ya. Fugaz, impactante, con suspenso. Presente puro. Nada tiene historia ni futuro. Nada hace al seguimiento de la noticia, es más, es considerado improductivo.

En ese decurso caótico, el vínculo de los comunicadores es tóxico. Potencia los circuitos de las sustancias. No introduce mecanismos de educación popular, de prevención, de divulgación y sensibilización productiva. Esta afirmación no es un juicio de valor a las personas, sino al sistema, y rescata la enorme cantidad de trabajadores de la comunicación que juegan un papel de resistencia, de ética del periodismo y que de miles de maneras rescatan el concepto de servicio que tiene esta noble profesión.

Estas historias de vida y relatos, este seguimiento serio, con pretensión de conocimiento, realizado por estas dos jóvenes periodistas, alumbra y desintoxica. Brinda las claves para entender y comprender. Intenta y logra meterse en las diferentes miradas de los múltiples actores que tiene este fenómeno complejo. Digo más: devuelve los rostros y rescata las identidades de quienes son estigmatizados. Sería muy saludable caminar por el camino de la investigación, del debate y de admitir que apenas conocemos un poco, muy poco de esto. Gracias.

Milton Romani

Secretario General de la Secretaría Nacional de Drogas

Introducción

LA PASTA BASE DE COCAÍNA EN URUGUAY

Un artículo de prensa la presentó en 2002 como “La droga de los pobres”: barata como el pegamento, aunque estimulante como la cocaína. Poco tiempo después, ya nadie preguntaría a qué se referían quienes hablaban del “flagelo” de la sociedad uruguaya. Los consumidores pasarían a ser noticia por cometer robos insólitos de gallinas, frascos de shampoo y contenedores de basura. Luego se repetirían en los medios los saqueos a familiares y la desesperación de las madres, el temor de comerciantes y transeúntes, los vecinos pidiendo el cierre de las “bocas” y hasta algún disparo que se justificaba en la impotencia. En la campaña electoral de 2009, los candidatos a la Presidencia prometieron desde liberar al país de esta droga hasta considerar homicidio su suministro.

La pasta base de cocaína, hoy abreviada como “pasta base”, es una sustancia amarillenta que se produce al macerar las hojas de coca con ácido sulfúrico, queroseno, gasoil y otros reactivos, paso previo en el proceso de extracción de clorhidrato de cocaína. Aunque hay informes de la existencia del consumo de pasta base en América Latina desde los años 70, muy pocos países la categorizan por separado de la cocaína. En Uruguay, los registros de incautaciones de pasta base empezaron en 2004, con 29,5 kilos. Cinco años después, la cifra era siete veces mayor: en 2009 se incautaron 223 kilos, un nuevo récord anual.

Pese al impacto social que ha generado esta droga, los usuarios de pasta base representan menos del 1% de la población uruguaya, según la última Encuesta Nacional de Hogares sobre Consumo de Drogas. Es una cifra similar a la del consumo de éxtasis y mucho menor que la de cocaína o marihuana.

Sin embargo, este porcentaje se eleva a 8% en determinadas zonas de Montevideo, donde se ubican “poblaciones más vulnerables, con escasos activos familiares y sociales e inmersos en una cultura de la trasgresión”, destaca un informe publicado en 2007 por la Junta Nacional de Drogas. Además, el consumo de pasta base está más extendido entre los hombres jóvenes, de 18 a 25 años.

“La gran visibilidad que tiene en virtud de sus efectos y fundamentalmente por producirse su consumo en los segmentos sociales más vulnerables provocó una importante alarma social”, señala el estudio. La pasta base se convirtió en “la representante de la exclusión”, dicen Juan Triaca y Miguel Silva, integrantes de la dirección técnica del Portal Amarillo, centro estatal de referencia nacional en tratamiento del consumo de drogas creado en 2006.

Aunque la pasta base se ha ganado un lugar en el léxico uruguayo, la sustancia sigue siendo una incógnita. El Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable fue el primero en el mundo en estudiarla. Los investigadores encontraron que las diversas muestras analizadas variaban en sus componentes y que, aunque el principal alcaloide siempre era la cocaína, aún se desconoce qué “hace que el perfil psiquiátrico y los efectos subjetivos de los consumidores sean diferentes”, explica Cecilia Scorza, neurobióloga del Laboratorio de Biología Celular.

Mientras continúan la alarma social y los estudios de especialistas, hay quienes conviven a diario con la pasta base. Personas que conocen en carne propia las consecuencias de su consumo, las dificultades de su combate, las tentaciones de su negocio. En este reportaje se busca mostrar el rostro de esos protagonistas cotidianos aunque, con excepción de los técnicos y la jueza, ellos y sus familiares prefirieron figurar bajo un seudónimo.



La historia de Martín, primera parte
LA ESCUELITA DE LA CALLE

Todo vale

Es muy posible que alguna vez se hayan cruzado con Martín. Es un joven flaco, de 29 años, tímido al principio y divertido cuando entra en confianza. Fue cuidacoche en Pocitos, cañero en Bella Unión y limpiavidrios en Durazno. Buscó materiales reciclables en las volquetas del Prado, estuvo durmiendo en las calles del Centro, rapiñando en la rambla y fumando pasta base en una esquina de La Teja. Es posible que lo hayan visto, o que hayan esquivado su mirada.

Martín dice que “las malas juntas”, “la vagancia” y “la fisura” lo llevaron primero a dejar la escuela, después a dedicarse a la marihuana y el vino, y finalmente a consumir pasta base. Cuando probó esta droga, en el año 2000, todavía no era conocida por la mayoría de los uruguayos. Fue un amigo de la cuadra quien se la dio a conocer. “Sabía que había pasta base, pero nunca había visto cómo era o cómo se fumaba. Hablaban como que era algo nuevo que había salido y que todo el mundo quería probar. ¿Viste cuando sale un alfajor nuevo que todo el mundo quiere comer? Bueno, lo mismo”, relata Martín.

Ese día probó, al igual que el siguiente, el otro e incontables días más. “Cuando vos fumás, el cuerpo te pide. A la primera pitada sentís como que estás en el aire, y después no querés bajar, querés levantar de vuelta. Querés seguir fumando”, explica.

Uno de los elementos que inciden en el poder adictivo de una droga es la rapidez con que se desencadena su efecto estimulante tras el consumo. Por ejemplo, mascar la hoja del arbusto de la coca no genera dependencia, dado que su nivel de cocaína es bajo (entre 0,5% y 1,5%) y tarda aproximadamente una hora en producir efectos. En cambio, la pasta base contiene entre 40% y 85% de sulfato

de cocaína, sus efectos aparecen unos ocho a 10 segundos después de fumarla y duran entre cinco y 10 minutos. Por eso, se considera que tiene un alto potencial adictivo a corto plazo.

Pero la relación que el consumidor trabe con la sustancia no sólo depende de los efectos fisiológicos. Según el psicólogo Juan Fernández, autor de varios estudios vinculados a las drogas, éstas también cubren necesidades personales y sociales. “El estimulante puede convertirse en un ‘amor a primera vista’ en personas con propensión a la depresión, porque las hace sentir más locuaces, capaces de cosas que creían que no podían hacer, en cierta forma, más poderosos”, explica. Además, “en determinadas zonas particularmente conflictivas, tiene efectos muy funcionales. Son lugares donde predominan modos de existencia muy riesgosos y violentos. La pasta base, por ejemplo, estimula la posibilidad de llegar a comportamientos agresivos y da un nivel de hipervigilancia”.

Sin llegar a identificar sus motivos, Martín se volvió adicto a la pasta base al poco tiempo de haberla probado. Empezó a mentirle a su madre, tía, amigos y conocidos para conseguir los alrededor de \$ 30 que le costaba la dosis. El pedido era diario e insistente. “Yo la enfermé a mi madre, el consumo enferma”, reflexiona Martín. Su madre, Andrea, usa el mismo verbo para describir las consecuencias de la adicción: “Yo le he hablado, le he llorado, le he suplicado y me ha dejado sin nada, todo por esa inmundicia. Entonces me enferma a mí también”.

La nueva moneda del barrio

Las facilidades de pago que otorgan los vendedores de las bocas a los consumidores de pasta base hacen que cualquier objeto, ante los ojos del adicto, pueda convertirse

en droga. Así, tanto un celular como una canasta familiar equivalen a unas 10 dosis de cerca de medio gramo, también llamadas "medios", "lágrimas" o "chasquis". "Son unos pichis", dice Andrea, enojada con los vendedores por aceptar en trueque hasta un paquete de yerba empezado.

Todas las mañanas, Andrea va a la casa de una vecina a cambiarse para ir al trabajo. Allí tiene guardado desde la televisión hasta la ropa interior. De hecho, según cuenta la mujer de más de 50 años, en su casa sólo tiene un colchón.

Tras cumplir con una jornada de ocho horas como limpiadora en Pocitos, Andrea se baja del ómnibus en La Teja y compra \$ 20 de azúcar, un vaso de aceite y medio kilo de fideos. A diferencia de otras jefas de familia, a ella no le resulta más caro comprar al menudeo que al por mayor: si deja un kilo de azúcar en la despensa, probablemente al otro día ya no esté. Martín, cuando aún vivía con ella, y ahora su hijo menor, Pablo, también consumidor de pasta base, le han ido vendiendo todo lo que estaba a su alcance.

Andrea cuenta que siempre le repite a su "botija más chico": "Vos estás alimentando a esta gente que te está matando. Porque el paquete de fideos que vos te llevás de mi casa es para estos sinvergüenzas que te están matando y que no te dan un plato de comida cuando a veces hace falta".

Según Martín, hubo una serie de pasos previos antes de llegar a los robos en la casa materna. "Antes de tocarle las cosas a mi madre iba y hacía volquetas. Después junté botellas, plástico, pomos. Hacía \$ 50, \$ 60, pegaba (compraba) dos chasquis, unos cigarros sueltos y arrancaba para otra calle. Pero después...". Después dejó de trabajar y conseguir más pasta base se volvió el centro de su vida.

Esta droga se había convertido para Martín en lo que los especialistas llaman “objeto totalitario”. Juan Triaca, psiquiatra del Portal Amarillo, explica: “Si me ofrecés otras cosas, ni las veo, ni escucho, no me interesan. Ese objeto cobra primacía, porque me va a resolver todo y aportar todo. Si sólo puedo vincularme con eso, lo que pierdo es la libertad. Estamos hablando de lo más grave, la adicción instalada, la dependencia”.

En el abordaje de la adicción, los técnicos no aíslan lo individual de los aspectos familiares y sociales. Esta sustancia “aterizando en un contexto de alta vulnerabilidad social, con mucha pobreza vincular, es como juntar la pólvora con el fulminante. Diluye aún más las redes sociales de vínculos significativos entre personas, porque todas las relaciones se organizan entorno al mercadeo de ese veneno social”, agrega Miguel Silva, psicólogo social del Portal.

Martín, como otros consumidores de pasta base, fue viviendo cómo su adicción deterioraba las relaciones familiares, ya de antemano precarias.

—Cuando consumías pasta base, ¿te volvías más violento?

—A mí no me dejaba violento, me fisuraba abundante. Fumaba y me fisuraba, pero mal, quería seguir fumando. Y bueno, había que hacer plata, donde sea. Y ahí es donde, ¡bum!, empezás a meter mano. A mi madre la desvalijé, le llevé todo.

—¿Por ejemplo?

—Televisión, heladera, todo.

—¿Cómo hiciste para llevarte la heladera?

—Se la hice moco. ¿Viste la parte del freezer que es toda de aluminio? Se lo arranqué enterito, ¡prac! Después le llevé el motor. Después la carcasa, que la vendí por kilo.

—¿Tu madre cómo reaccionaba cuando llegaba del trabajo y veía que le faltaban partes a la heladera?

—¿Cómo te parece?! Yo me abría como libro de misa. Hacía las cagadas y me iba. Después al otro día aparecía y mi madre me soltaba: “¿Qué pasó con

la heladera?”. “Nada, está ahí”, le decía. “Sí, está ahí, pero, ¿dónde están las cosas de adentro?”. “No sé, mamá, no estuve en todo el día, recién llego”. “Ah, ¿recién llegás? ¡Qué lindo lo tuyo! Tratá de que aparezcan las cosas”. ¡Y qué iban a aparecer si estaba todo vendido por kilo!

Además de los robos de sus hijos, Andrea fue víctima de las amenazas de las bocas, que la presionaban para que pagara las deudas de los dos jóvenes. Lo perverso del mecanismo es que, “como sabían que mi madre iba y pagaba, me daban (pasta base) a cuenta”, dice Martín. Él llegó a empeñar varias veces la cédula, al igual que el hermano, para tener canilla libre toda la noche.

—¿Cuánto te daban por una cédula?

—Podés pedir toda la noche, mientras vos pagués. Si al otro día no pagaste, que no te vean, porque te van a picar.

—¿De qué les sirve tu documento?

—Algunos, si ven que no estás en el Clearing, sacan préstamo, ¡pum!

—¿Alguna vez te pasó?

—No porque mi madre levantó la cédula. Eso sí, le rompieron los vidrios de la casa antes para que pagara.

—¿Cuánto debías?

—Seis gambas (\$ 600).

Madre y tía, tía y madre

Cuando la madre de Martín lo descubrió consumiendo pasta base dentro de su casa, no identificó qué droga era, pero igual le gritó y tiró varias cosas. “Ando bien para los reflejos”, aclara él riéndose, como si hubiera sido un juego. Recuerda que Andrea le dijo que buscara ayuda para dejar la droga o se fuera del hogar. “Y en vez de buscar ayuda me fui”, cuenta. Según Martín, esto pasó a la semana de empezar a consumir.

Pero, en otra oportunidad, relataría que se fue de la casa a los 22 años, es decir, dos años después de probar la pasta base.

Los tiempos que maneja Martín son poco precisos. Él suele decir “una semana” para denominar un plazo que oscila entre unos días y un par de meses. La escena en la que su madre lo echaba de la casa se repitió tantas veces que él perdió la cuenta. Además, los ocho años de consumo le resultan confusos. Qué hizo antes o después, con quién y por cuánto tiempo son datos que no siempre concuerdan en los sucesivos relatos que hace de su historia.

Pero lo mismo parecería sucederles a todos en la familia. Por ejemplo, Andrea dice que su madre, la abuela de Martín, lo crió unos años porque ella trabajaba. Sin embargo, su hermana, Sandra, cuenta que estuvo a cargo de su sobrino cuando era chico, “como hasta los 10 años más o menos”. ¿El motivo? “Circunstancias de la vida de la madre”, responde Sandra con vaguedad. “Después, la madre se puso en pareja, se lo llevó y empezó a vivir con ella”, añade. Martín, a su vez, cuenta una historia diferente.

—¿Quién te crió de chico?

—Mi abuela y mi tía, porque vivíamos todos juntos en un apartamento.

—¿Hasta qué edad viviste con ellas?

—Hasta los 8 años. Después vino mi madre de Argentina con mi hermano (Pablo), supuestamente a buscarme. Pero se peleó con la pareja y se quedó acá.

—¿La habías visto antes a tu madre?

—Nunca.

—¿Y qué hiciste cuando la conociste?

—Era raro para mí, como: “¿y ésta quién es?”.

—Y tenías que decirle “mamá”...

—No le digo “mama” (sic). “Mama” son mi tía y mi abuela, si son las que me criaron.

En realidad, Martín sí le dice “mama” a Andrea, aunque también llama así a su tía y su abuela. Con el padre, sin embargo, no tiene posibilidad de confundirse: no sabe quién es, ni siquiera conoce su nombre. Su madre sólo le contó que era camionero y que se separaron cuando ella estaba embarazada porque él discutía mucho con su suegra. “Mi finada abuela tenía un carácter. . . Era alcohólica”, resume Martín sobre esas discusiones, y agrega sobre su abuela: “Cuidaba mucho de mi madre, se ve que no le gustaba como era él”.

Por descarte, Martín sabe que su padre no es el mismo que el de sus hermanos, que tienen 37 y 24 años. “Después no me ha dicho más nada porque se ve que no se quiere acordar, o capaz que le molesta, o capaz que le duele”, dice el joven sobre la actitud de su madre.

La soledad del camino

A los 12 años, Martín iba a la escuela y fumaba marihuana. Siguió yendo hasta los 15 años, cuando abandonó los estudios a mediados de sexto, luego de repetir dos veces. Por esa edad hizo su primer viaje al interior del país, con destino a la Fiesta de la Cerveza, en Paysandú. Pero, en vez de volver a su casa cuando terminó el festival, continuó la recorrida un tiempo más. Desde entonces estuvo en Montevideo por períodos de varios meses, alternados con escapadas al interior sin un rumbo claro, motivadas a veces por el deseo y otras por el enojo. Así, hasta los 20 años, cuando la pasta base consiguió lo que ni su madre había logrado: retenerlo en la capital.

Martín estuvo, por lo menos que recuerde, en Salto, Artigas, Rivera, Tacuarembó, Treinta y Tres, Rocha y Durazno. En general, trabajaba como limpiavidrios, aunque solía estar acompañado de mochileros que vivían de hacer malabares y artesanías.

Dormían en carpas que armaban en espacios públicos o en el campo de algún vecino hospitalario.

En Artigas estuvo dos meses empleado como cañero, cuando tenía 17 o 18 años. “Era acalambrador porque tenés que estar de acá y, ¡pac!, ¡pac!”, dice agachándose y haciendo el gesto de sostener la caña con la mano izquierda y cortarla con el machete. “Tenés que cortar de raíz, despuntar, amontonar y llevar pa’ fuera. Después viene la grúa y lo levanta”, cuenta con actuación incluida. Pese a lo duro del trabajo, dice que la experiencia “estuvo bien de bien. Un poco me despejó la mente”.

Según Martín, volvía a Montevideo cuando se “acordaba o estaba aburrido o extrañaba”. Dice que, cuando lograba dejar de lado el rencor, a quien extrañaba era a su madre. Pero, mientras tanto, sólo llamaba desde el interior a su tía y con cobro revertido.

—¿Qué llevabas contigo en tus viajes al interior?

—Una frazada, unas ropas, unas ollas y unas cosas.

—¿En qué viajabas?

—A dedo.

—¿Cómo te sentías cuando estabas en la ruta?

—Era yo contra el mundo. Eso te abre un poco la mente porque cuando estás solo en plena ruta y no te levanta nadie, tenés que sobrevivir vos. Yo caminaba, llegaba la noche, me metía para una estancia, hablaba con el sereno y, si tenían un galpón, me metía ahí.

—¿Creés que esas experiencias te ayudaron a ser más fuerte?

—Sí. Andá a acostarte en plena ruta, de noche, que no hay nadie. ¡Estás loco!

—¿Te daba miedo?

—No. Hacía un fueguito y me acostaba al lado.

Martín conoció a mucha gente en sus viajes, pero siempre fue una persona solitaria. Los compañeros de ruta eran circunstanciales, como después lo serían los de consumo. Es una característica de la mayoría de los adictos, cuenta Triaca: "Lo aclaran: 'Amigos no, compañeros de consumo'. Muchos pueden establecer claramente esta diferencia. Es un vínculo utilitario, hay una conciencia de que no hay afecto ahí".

Pese a ese desapego, Martín guardó siempre una suerte de fidelidad hacia las bocas. Las veces en que lo detuvo la Policía con marihuana o pasta base, aunque lo trataron "a patadas y piñazos", según cuenta, dijo que encontró la droga tirada, adentro de una volqueta o en algún otro lugar inverosímil. "Nunca mandé preso a nadie, siempre me la comí. Abrazo la bandera solo. No podés mandar preso a una boca, porque sabés que al otro día se te complica. Te prenden fuego el rancho, o lastiman a tu vieja, o te ven por la calle y te parten al medio", explica Martín. Jamás dio nombres ni pasó más de una noche en una seccional.

—¿Le tenés más miedo a la boca que a la Policía?

—No es miedo, es respeto.

—¿Por qué les tenés respeto?

—Porque es la ley de la calle.

—¿Es porque se ganaron su lugar?

—No se ganaron el lugar, porque ellos te están matando a vos. Vos les estás dando de comer, los estás vistiendo, les estas bancando el surtido, todo.

—¿Entonces?

—Ellos a mí me dieron cabida, me dieron vida. No vida en el sentido de... porque, ta, me estaban dando mierda. Pero cuando estaba fisurado y estaba mal, en vez de mandarme una cagada o robar, iba, les pedía fiado y me daban. O cuando tenía que empeñar algo ellos me lo aceptaban, así fuera un caramelo. Entonces no los puedo mandar a lo estrecho (a la cárcel). Si quiero llamo anónimo o le digo a mi madre que lo haga y los mande presos.

Pero, ¿qué pasa después si se enteran? Porque se enteran. Los mismos botones (policías) les dicen. Entonces no es miedo, es respeto.

—Y si vos colaborás con ellos, ¿te ayudan?

—Si vos los cuidás, te ayudan.

—¿En qué, por ejemplo?

—En que te quieran robar y justo esté uno de ellos y digan: “No, pará, con este flaco está todo bien”. Porque hay muchos que están fisurados, te ven con un chasqui y te apuñalan igual.

“Si te caías al piso, jodete”

Martín se define de forma insistente como un “hábil declarante”. Gracias a esa capacidad logró que la madre le siguiera dando dinero, así como evitar los antecedentes penales, no porque no haya cometido delitos, sino porque “aprendés a decirle una cosa a la Policía y otra al juez”, dice.

Comenzó a cometer arrebatos cuando vivía en Pocitos. En las calles de Pocitos. Cuidaba coches en avenida Brasil y Ellauri, donde también dormía. El día de su primer robo “tenía ganas de consumir y me hicieron la cabeza”, cuenta. “¡Es con esa, es con esa!”, le dijo un muchacho que estaba con él, al ver pasar a una señora mayor con cartera. “No, no, no quiero robar”, cuenta Martín que repetía, mientras el joven insistía. “Llegó un momento que pensé: ‘¿no?’, y cuando pasó por al lado mío me dije: ‘sí’. Hice ‘buff’ y salí chato (corriendo rápido). Corrí desde avenida Brasil hasta la playa Pocitos. La adrenalina que tenía me decía: ‘no parés’. Y seguí corriendo. Llegué hasta la playa, me senté en la arena, tomé un poco de aire y miré el botín. Después enterré la cartera en la arena y subí”, narra sin mostrar arrepentimiento.

Como este primero, cometió incontables robos. “¿Sabés cuántas viejas revolqué? No querían largar la cartera, entonces las revolcaba”, cuenta. Desconoce si alguna vez lastimó a alguien. Para él, “si te caías al piso, jodete. Yo salía corriendo”.

Cuando Silva escucha decir que los adictos “roban para consumir”, él señala que también lo hacen “para consumirse”. “El perfil típico de consumidor de pasta base, en contra del modelo mediático, no es el de un inadaptado. Es el de un chico demasiado obediente al mandato social que recibe desde que aterriza en el mundo: ‘No hay lugar para vos, molestás acá’”, dice el psicólogo social.

Y agrega: “Hay mil formas de irse. Si es un chico de un sector social con muchos recursos personales, familiares, sociales, económicos y culturales, puede tomarse un avión y probar suerte en otros lados. Pero el que tiene mucha escasez, hasta de lo más elemental, como comer todos los días, tiene otras formas de irse”. Entre las opciones, aparece el consumo de pasta base, “una especie de suicidio en cómodas cuotas. Ahora, en ese suicidio, le devuelve a esa sociedad algo de la violencia que recibió”.

Martín vivió en situación de calle unos tres o cuatro años, no lo recuerda con exactitud. Estaba todo el tiempo “propenso a que pase alguno medio borracho, te parta un botellazo en la cabeza y te agarre a patadas mientras vos estás durmiendo”, dice.

Una vez, fue él quien golpeó a otro con una botella. Y en este caso, sí tiene la certeza de haberlo lastimado. Cuenta Martín: “Una vuelta estaba durmiendo y me robaron la frazada y una ropa que me habían dado los vecinos. Ese día estuve re quemado, me miraban y ya buscaba un pretexto para agarrarme (a golpes). Estaba cuidando coches y viene un compañero y me dice: ‘Mirá quién va allá. Ese es el que te robó las cosas’. Agarré una botella y, ¡pumba!, en la nuca le di, le partí la botella”. Martín todavía no está seguro que aquel desconocido fuera quien le había robado: “Quedé con un poco de duda. Pero ta, yo le pegué, ¿qué querés que haga?”.

Por el consumo prolongado de pasta base y las noches en la calle, el aspecto de Martín se deterioró. Eso colaboraba a que de antemano la gente desconfiara de él.

—¿Qué es lo más duro de la calle?

—Cómo te mira y te trata la gente.

—¿Cómo?

—Raro, como que no sos de acá, como que sos extraterrestre. Yo los miraba de frente y a veces agachaban la cabeza. Hay gente que se perseguía (se asustaba), te veían así y cruzaban pa'l frente. Y ahí me quemaba. Ah, ¿te perseguís? Entonces yo los hacía perseguirse más. Hacía como que los iba a correr y salían corriendo.



La historia de Joaquín, primera parte
EL HAMBRE Y EL BOTÍN



Apariencias

A simple vista, Joaquín no encaja en el perfil típico de consumidor de pasta base. Tiene 29 años, pesa unos 130 kilos y es sereno, con una voz profunda, ideal para una de sus pasiones: cantar folclore. Estudia música desde la adolescencia y hoy dirige una murga de aficionados, aunque no es su género preferido. Ejerce el liderazgo en el grupo sin imponerse, manteniendo la calma cuando otros comentan o discuten y dosificando sus energías para opinar cuando resulte efectivo.

Sin embargo, hasta hace menos de un año, Joaquín fumaba pasta base todos los días. Se levantaba, se bañaba, salía a tocar en los ómnibus a eso de las 11 de la mañana y volvía a la 1 de la madrugada. Con lo que ganaba, financiaba su consumo. “Siempre fui de arreglármelas solo. En casa nunca toqué nada. Tenía la guitarra para salir a cantar y me revolvía con el laburo. Como trabajaba, me daban fiado todos los días”, cuenta.

Al menos por un tiempo, la situación pareció sostenible. Estar drogado no le impedía cantar, tocar la guitarra, conservar el equilibrio ni encarar a la gente. “A veces tenía algunos arrancones de rabia por las persecutas (sentirse perseguido) que te ocasiona la pasta base, pero lo hacía igual”, comenta. Tampoco sentía culpa ni depresión luego de consumir, agrega.

Fumaba pasta base en medio de la jornada, pero los pasajeros parecían no darse cuenta. Al menos, recogía la misma cantidad de dinero que cuando no consumía. “Es que de apariencia siempre estuve bien vestido”, señala. De hecho, ese fue uno de los indicios que despistó a su madre cuando tuvo

las primeras sospechas y comenzó a consultar. "Si se baña todos los días, quédese tranquila que no está consumiendo", le dijo un integrante de una ONG dedicada a la rehabilitación de adictos. Pero esa prolijidad era sólo una fachada: "Los champions del lado de arriba estaban bien, pero abajo tenían agujeros, estaban todos gastados de caminar y caminar", cuenta Joaquín.

“Suertes negras”

En la época en que probó pasta base por primera vez, Joaquín tenía 24 años y hacía poco había dejado el trabajo de operario en una fábrica de molduras. Aunque tiene el título de técnico en madera de la Universidad Técnica del Uruguay y le gusta la carpintería a pequeña escala, dice que al año y medio se cansó del ruido de las máquinas y la dinámica del trabajo fabril.

Por ese entonces, Joaquín había comenzado a cantar en los ómnibus como forma de trabajo y, aunque seguía viviendo en el fondo de la casa de sus padres, "estaba bien económicamente, estaba bien socialmente, estaba tocando en muchos lados", cuenta.

No siempre hay un problema puntual que oficie de detonante del consumo problemático de drogas, y el caso de Joaquín es un ejemplo. Según los especialistas del Portal, lo determinante, más que el contexto socioeconómico o la disponibilidad de la droga, es la capacidad de generar relaciones sanas. "El consumo problemático siempre tiene que ver con las formas de vincularnos", destaca Silva. Pero él no adjudica esta facultad sólo al individuo. "Lo que aparece o se recrea con ayuda de la sustancia es lo que nosotros llamamos matrices de vinculación tóxica, que se aprenden básicamente en alguna estructura familiar, que a su vez está inserta en una sociedad", señala.

Además, la tendencia a la adicción se puede ir “aprendiendo” de alguna manera con otras drogas. Según la neurobióloga Cecilia Scorza: “Las drogas adictivas generan un fenómeno que en Neurociencia se llama ‘sensibilización cruzada’, o sea, el hecho de que vos seas adicto a una droga con potencial adictivo te hace mucho más vulnerable a abusar de otra droga distinta”.

Cuando Joaquín probó la pasta base, ya había consumido “marihuana, cemento, alcohol, cocaína”. En las noches, solía juntarse a tomar vino con una barra de amigos en un campo baldío cerca de su casa. Un día, relata, “se mudó una gente nueva para el barrio. Empezaron a parar con nosotros, uno de ellos consumía pasta. Probé y bueno...”. Durante un tiempo Joaquín la consumió esporádicamente. “Habrá pasado como un año desde la primera vez que fumé hasta que empecé a hacerlo todos los días”, dice.

En ese momento, Joaquín dejó el resto de las drogas. La pasta base, dice, “las sustituye a todas, te quiere sólo para ella”. Es por eso que entre los ex consumidores se suele decir que “la pasta base es una novia celosa”, como repite Joaquín.

Pero esa “novia celosa” no sólo lo llevó a dejar de lado al resto de las drogas, sino también a los afectos y hasta a sí mismo: “La carrera de consumo te lleva a hacer cosas que casi siempre se hacen. Joder a un amigo, estafar a una persona o estar sin comer tres o cuatro días porque la plata nunca va para la comida. También hay un estado de dejadez, no te das cuenta que se te están desarmando las cosas, yo estaba solo ya. Tengo un amigo desde chico, que sigo parando con él, y que lo había dejado de ver por el estado de dejadez”.

Durante casi 4 años, Joaquín mantuvo la dinámica de cantar en los ómnibus para comprar pasta base. “En carrera de consumo no hubo sensaciones positivas ni

negativas. Era todo lo mismo, era un plano en cero. No tengo recuerdos de sensaciones de ningún tipo”, narra. Pero un día en el que no tenía para consumir, escribió una canción a partir de la “fisura”.

“La lluvia cae / cual un murmullo / y me recuerda / tus ojos negros / como tortura / que nunca cambia. / Cómo se explican / tan duras suertes negras / sobre tu cara de porcelana / que mi alma exprime. / La lluvia cae / y se camufla / por mi cabeza / y mi pecho arritmico / que hoy se confiesa / y te suplica / que no te vayas”.

Aunque podía desempeñarse en el escenario, el consumo afectó su crecimiento como músico, cuenta: “Una vez fui a un toque en el Panorámico, era la noche de Venezuela. Estaba el embajador con toda la comitiva. Salió la propuesta de ir a Venezuela y yo dije que no, por quedarme consumiendo”.

Sin embargo, en la época en que fumaba pasta base, también ocurrió una de las anécdotas de su trayectoria musical que recuerda con más cariño: cuando el cantautor Daniel Viglietti subió al escenario para darle un abrazo y cantar a dúo “El Chueco Maciel”. Cuando era chico, Joaquín escuchaba a su padre contar la historia del héroe del cantegril que “como antes el hambre, comparte el botín”, dice la letra. Un lema de conducta que, de alguna manera, también se aplica a su historia con Rita.

La mujer que vivía en la boca

Tanto Joaquín como sus padres y hermano son corpulentos y parcios, como si les costara entrar en confianza. Entre ellos, la novia de Joaquín, Rita, de 41 años, se destaca por su cuerpo nervioso y flaco, de no más de 50 kilos, y porque no para de

soltar comentarios personales en medio de las conversaciones, como si le costara reconocer el límite de su intimidad. Pese a las diferencias, o gracias a ellas, Joaquín y Rita mantienen una particular simbiosis. Cuando cuentan una historia suelen hablar en paralelo: ella sigue su torrente de recuerdos y él continúa su discurso, mientras le sostiene la mano.

—Nosotros ya nos habíamos visto un par de veces en la calle —cuenta Joaquín—. En la esquina donde ella vivía había una parada en la que yo subía al ómnibus para cantar. Ella se acercaba y me pedía que le cantara un tema.

—“Y rasguña las piedras” —acota ella, refiriéndose a la canción de Sui Generis.

—Y yo le decía que no, siempre con un poco de desprecio, porque estaba en otra —añade él.

—Pero no te cargaba, yo era sociable. Conversaba con todo el mundo en la esquina —aclara Rita.

—La cuestión fue que un día había terminado de trabajar, iba a consumir y justo pasa ella y me dice: “Flaco, ¿tenés \$ 20?, que ahí donde yo vivo pasan una buena porquería”.

—Yo había ido a rescatar —es decir, a conseguir dinero para drogarse, explica Rita.

—Y fui para la casa de ella, que abajo había una boca. Y ahí nos quedamos consumiendo. Al otro fui de vuelta y nos quedamos consumiendo juntos.

—Al segundo día le dije que era especial, porque yo no tenía que pagarle como le pagaba a todos los hombres. Él no me pidió nada a cambio, me convidó de onda.

Rita vivía desde hacía un año en una pieza del segundo piso de una casa antigua y deteriorada en la Curva de Maroñas, a la que llama “la casona”. En el piso de abajo, una pareja mantenía una boca. Durante las noches en las que se quedaba en su pieza siempre había algún consumidor que le pedía la pipa para fumar y le ofrecía

pasta base. No tenía privacidad, ni siquiera tenía puerta: se la habían robado para venderla un día de "fisura".

Pronto empezaron a procurarse juntos el dinero para las drogas. "Él me decía: 'Yo voy por 8 de Octubre'. 'Bueno, yo voy a manguear. Te espero en una hora en la esquina tal', arreglábamos. Yo hacía de golpe \$ 80 y él, \$ 120. Íbamos, consumíamos y después empezábamos de vuelta. Gastaríamos más de \$ 1.000 por día", cuenta Rita.

Aunque podían conseguir fiado, a veces eso no les bastaba. Entonces, dejaban alguna cosa empeñada por la noche, para retirarla al día siguiente, cuando tuvieran el dinero. Una pequeña televisión fue y volvió varias veces a la boca, a cambio de algunas dosis más. "Una vez se la empeñamos a uno en la esquina a \$ 150 y no teníamos la plata, nos pasamos –recuerda Rita–. Nos pusimos paranoicos y fuimos a lo de mamá, le dijimos que precisábamos un préstamo y ella sacó uno de \$ 2.000. Hasta ahora no se lo pagamos. Pensábamos que íbamos a gastar \$ 1.500 en comprar una nueva y entonces me encontré con el pibe, que nos la dejó a \$ 300. Me compré una tanga y un top rojo, un conjunto, y con el resto pegamos cuarta tiza" de pasta base. "Era una demencia", agrega Joaquín.

Él dice que intentaba medir el consumo en función de lo que esperaba ganar en los ómnibus. "Yo llegaba un momento siempre que me quedaba quieto, pero ella es incontrolable", afirma.

Una historia violenta

Rita consume drogas asiduamente desde los 16 años. La lista es larga: "marihuana, pastillas, alcohol, alcohol rectificado, cemento, cucumelo, anfetaminas, cocaína...".

—¿Por qué empezaste a consumir?

—Por. . . ¿Cómo se llama? Por las juntas. Vino un amigo de Brasil que me prestó un libro, “El diario íntimo de Alicia”, me fisuré y me dieron ganas de probar —dice Rita con vaguedad, recordando el libro “Pregúntale a Alicia. Diario íntimo de una joven drogadicta”, sobre una adolescente de clase media que se inicia en el mundo de las drogas y la sexualidad.

Ese mismo amigo fue quien la presentó con un vendedor de marihuana cuando ella era una adolescente: “Le decía ‘la boca’ porque traía ladrillos (bloques de un kilo de marihuana). Un día lo llamé y nos pusimos a conversar. Fuimos amigos por un mes, fumamos, me preguntó si me comprometía y después nos ennoviamos”.

Así fue como conoció al hombre que la “hizo mujer”, con quien se casaría a los 19 años y tendría una hija unos años después. Rápidamente, el proyecto de amor se desvirtuó. Él era adicto al consumo de cemento y en las madrugadas la mandaba a comprarle más, entre frases despectivas. A veces se ponía violento, la forzaba, la golpeaba.

Rita narra: “Le tenía terror. Una vez me hice la dormida. Se acercó, me fue a agarrar y pensé: ‘Ahora me va a violar’. Yo estaba con una remera y en tanga. Le dije: ‘Voy al baño’. Abrí la puerta y salí corriendo, eran las 5 de la mañana. Pasó una barra de muchachos. ‘Por favor, ayúdenme’, grité. Nadie me ayudó. Él me alcanzó y me agarró de los pelos, se me caían los mechones. De unos apartamentos salieron un padre con un hijo, tiraron del brazo y me ganaron. Me prestaron una pollera de la mujer y me fui. Al tiempo volví con él”.

Durante más de 15 años convivieron, separándose y volviendo a encontrarse, primero en la casa de él y luego a escondidas en habitaciones de hotel. Sin embargo, ella dice que había dejado de quererlo y que hasta le daban asco sus besos. “Mi padre me

decía que con el hombre que me casara tendría que estar toda la vida. Además, fui a un liceo de monjas. . . No sé cómo aguanté. Al principio lo quería. Después agarré la adicción y él me conseguía drogas, era muy fácil", cuenta Rita.

Su entonces marido se inyectaba cocaína, pero no dejaba que ella probara. Un día que él se había ido a buscar un "ladrillo" de marihuana a Pelotas, Brasil, ella se encontró con el "doctor", como le decían a quien suministraba las inyecciones. El hombre le ofreció para probar y ella aceptó. "Ahí ya quedé con el viaje bipolar: o muy acelerada o muy depresiva. Con los 'picos' (inyecciones) estás o muy arriba o muy abajo. El bajón es mortal, te querés matar", dice Rita, diagnosticada con trastorno bipolar. Luego de un año inyectándose hizo un tratamiento y pudo dejarlo, aunque después volvería a consumir cocaína por vía nasal.

Triaca como psiquiatra explica que los casos en que se combinan las patologías psiquiátricas con las drogas, requieren de otro abordaje: "Para engancharte con la droga tenés que tener determinados recursos, una cierta estructura (mental) para 'pegotearte' fuertemente con la sustancia y organizar tu vida entorno a ella. Cuando hay mucha inestabilidad (psíquica), aunque la persona consuma muchísimo, el tema de la sustancia deja de ser lo más relevante".

Secuestro con consentimiento

Hace unos ocho años, casi por casualidad, Rita agregó a su lista una nueva droga: la pasta base. "Fui a buscar cocaína, no tenía boca y salí a caminar. En San Martín y Propios (José Batlle y Ordóñez) me encontré con un pibe y me pareció que consumía. Le dije: '¿Me conseguís merca (cocaína)?'. Tenía \$ 100. Y me trajo pasta, me encantó. Ahí me vestía re bien, tenía una camperita Levi's de pana color uva. Ya el primer día vendí la campera a \$ 100. Ahí dejé la cocaína", recuerda.

Luego vinieron las épocas de consumo ininterrumpido, seguidos por las pastillas para dormir, los robos y escapadas de la casa de su madre, el tiempo en que vivió en la calle bajo unos cartones y la internación en el Hospital Vilardebó. Finalmente, la madre decidiría alquilarle una habitación en “la casona”.

“Mamá le pagaba al dueño y él me daba flautas con salame y jugolín. La pareja de él me robaba la comida. Yo le decía a mamá que estaba bien, con tal de que no me encerrara en una casa de salud. El hombre me prestaba \$ 20 y le cobraba el doble a mamá”, cuenta Rita.

Cuando conoció a Joaquín, ella no dormía. Rita dice que en esa época, “de día magueaba y consumía, y de noche trabajaba en la calle”, es decir, se prostituía, a veces por dinero, a veces por drogas. Pesaba 39 kilos y estaba “mugrienta y piojosa”. Y agrega: “Joaquín me quería acariciar la cabeza y yo estaba minada de piojos, me molestaba. Le decía: ‘No me toques la cabeza’. Y un día me preguntó: ‘¿Querés que te rape el pelo?’. Me rapó, me empezó a hacer la tinta, a bañar. . .”.

Su aspecto mejoró un poco, aunque los dos seguían consumiendo pasta base a diario y alimentándose mal: dos chorizos de carrito para él, un refuerzo de salame para ella por día. Al menos, él solía dormir de noche y levantarse de mañana para ir a tocar en los ómnibus.

—Contá la historia de cómo empezaste, con amor, a sacarme la fisura de la noche —le dice Rita a Joaquín, como pidiéndole que relate una vez más un cuento infantil.

—Agarré y le dije: “Estás secuestrada”. “¡Sos un secuestrador!”, me respondió. “Sí, soy un secuestrador. Y es un plan muy elaborado, porque el único que lo sabe es mi amigo ‘El Cabeza’. Además, si salís al barrio, ¿a quién le van a creer? ¿A vos que sos psiquiátrica o a mí que soy un chico bueno que trabaja todos los días?” —cuenta Joaquín riéndose.

- Me dijiste que estaba encerrada.
–Claro, que te iba a encerrar.
–“Me enamoré de vos, te quiero igual”, le decía yo.
–Y bueno, así fue una de las veces que pude hacer que se quedara –concluye Joaquín entre orgulloso y enternecido.

Al tiempo, Joaquín le propuso que se fuera a vivir con él a la pieza en el fondo de la casa de sus padres. “Pero me atrapaba esa casona, no me podía ir. Tuve mil oportunidades de irme y no quería”, recuerda Rita. Dice que le gustaba “la libertad” que tenía allí. Joaquín le discutía: “Mirá que muy libre no sos”. Es que, si bien no estaba encerrada, como en sus recuerdos del centro psiquiátrico, en aquel lugar no tenía una completa capacidad de elección.

Un día, el dueño del lugar le pidió a Rita que le firmara “un papel”. Él sabía que la familia de Rita tenía “una buena situación económica”, en palabras de Joaquín, y que en un futuro ella heredaría un apartamento. “Yo en principio le dije: ‘Si me das \$ 3.000, te firmo’, porque quería comprarme una tiza. Y después le dije: ‘Vos me firmás que me das techo de por vida y yo te doy el apartamentito. Cuando vos te mueras me lo devolvés’. Ta, quedamos en eso”, cuenta Rita. Joaquín, al enterarse del trato, le aconsejó que se negara. Le explicó que estaba legando “los derechos sucesorios” y que “iba a perderlo todo”. Cuando Rita finalmente se negó a firmar, el dueño de la casona amenazó con echarla. Pasaron una noche más en aquella pieza y al día siguiente se fueron a vivir a lo de Joaquín.



La visión de un policía

UNA LUCHA DE NUNCA ACABAR



Fácil como tirar de la cisterna

Un cuadro con una imagen de Artigas de gesto adusto, con los brazos cruzados sobre el pecho, se impone por detrás de Gutiérrez, uno de los oficiales del departamento de Orden Público. En la oficina del policía hay pocos elementos personales, más allá del mate y la bombilla labrados, y de un portalápices celeste con un: "Te quiero papá", escrito en negro. Es regalo de su hijo de 7 años. Gutiérrez tiene cara de cansado, pero igual atiende todas las llamadas y mensajes. "Es así todo el día", comenta.

A Orden Público de la Jefatura de Montevideo le competen los operativos de combate al minitráfico o, dicho de otra manera, las bocas de barrio. También entran dentro de su órbita otras tareas: control de la prostitución, autorizaciones a pubs y locales nocturnos, delitos sexuales, aborto. Sin embargo, la mayoría del tiempo es dedicado a los delitos relacionados con drogas. Y la mayoría de los procedimientos por drogas tienen que ver con el suministro de pasta base.

"Una tiza de pasta base es una cosita chiquitita", dice el oficial. Toma un marcador grueso, de los de pizarrón, y señala con la uña un cilindro de unos tres centímetros de largo. "Esto, ellos lo están pagando \$ 1.500. De acá, ellos sacan 100 'medios', por lo menos. Los 'medios' los venden, como barato, a \$ 30", dice, y agarra una calculadora de un cajón.

El vendedor de pasta base saca por lo menos \$ 1.500 de ganancia por cada tiza vendida, duplicando lo invertido. Además, el pequeño volumen de la sustancia disminuye los riesgos. La pasta base es una de las drogas cuya venta a pequeña escala es más redituable, explica Gutiérrez. Y eso es lo que hace más difícil su eliminación.

“Una tiza no ocupa nada de lugar. La boca tiene poquita droga, nunca vas a encontrar grandes cantidades. Encontrás sólo los ‘medios’ para vender, o están rallando o pulverizando una tiza para hacerlos. Mientras nosotros entramos a la casa (por un allanamiento), es ir al water, tirar de la cisterna y chau. Se eliminó la prueba, no hay nada”, cuenta. Sin pruebas, por más convencimiento que tenga el policía de que en el lugar se venden drogas, no pueden haber procesamientos.

Pese a esas dificultades, en los últimos cinco años las cifras del Departamento siguen una proyección ascendente. “En 2005 hubo 52 procesados por drogas. En 2006 fueron 76. En 2007, 105. En 2008, 129. Y en lo que va de 2009, 234 personas procesadas por drogas”, enumeraba Gutiérrez a fines de octubre.

Ese día tenían programados tres allanamientos, uno de mañana y dos de tarde. “El de la mañana era en un hotel céntrico. En el procedimiento de la tarde fuimos a vigilar primero y resultó que no estaban vendiendo, entonces ese allanamiento no se hizo. Ahora están en el Cerro. Ahí, por ser una zona complicada, vamos con apoyo de la gente del regimiento de la Guardia Metropolitana. En este momento están allanando”, contaba Gutiérrez. Un rato después llegaba un oficial. “¿Y, cómo estuvo?”, preguntó Gutiérrez. “Más o menos. Una”, le contestó el oficial. Una mujer detenida en el procedimiento.

Otro día, en noviembre, eran cuatro los allanamientos autorizados. Los barrios mencionados seguían variando: La Unión, 40 Semanas y otros dos en los que no se realizaron los operativos por no encontrar movimiento.

Luego de que el juzgado se expide, llega el informe de lo sucedido con los detenidos del día anterior. Gutiérrez lo lee a diario con satisfacción. En esa jornada, el hombre que vendía en la vía pública en el barrio Marconi, al que se le incautaron 700 dosis de pasta base y \$ 2.000, fue “procesado con prisión por un delito de tenencia de

estupefacientes no para consumo". La madre de 35 años y su hijo de 19, detenidos en una zona de viviendas precarias en el entorno de Camino Maldonado, fueron "procesados con prisión por un delito continuado de suministro de estupefacientes a título oneroso". Los dos jóvenes de 22 y 24 años que aparentemente vendían lentes de receta en la feria de Fernández Crespo y Colonia, también comercializaban marihuana. Ambos fueron "procesados con prisión por un delito continuado de suministro de estupefacientes a título oneroso".

Además, había ido "un señor a asesorarse por el tema de una denuncia de violación en perjuicio de su hija menor, de 15 años". Es común que busquen asesoramiento antes de radicar la denuncia, cuenta. "Es un día normal en Orden Público", dice Gutiérrez.

Sudor y "lágrimas"

El trabajo de combate a las bocas hace pensar en un hormiguero cuyas galerías se extienden en forma subterránea por toda la ciudad. Un hormiguero que tiene centenares de aberturas que comunican a sus nodos con el exterior. Cuando se logra tapar una de ellas, otra aumenta su actividad. Pasado un tiempo, la vía obstruida ya ha sido despejada. No importa cuántas hormigas se pierdan en el intento, el sistema sigue funcionando. Parece un trabajo de nunca acabar.

En el departamento de Orden Público trabajan 61 personas. Organizados en equipos de tres, realizan el seguimiento y la investigación de una veintena de casos en simultáneo. Cuando alguno se soluciona, siempre hay otro que atender. Sólo el equipo y sus superiores directos conocen los detalles.

Las seccionales barriales no se suelen encargar del combate a la boca del barrio. ¿Por qué? "Porque tienen 300.000 otras cosas que hacer", y porque "para trabajar en

droga no puede trabajar cualquier policía”, considera Gutiérrez. Además, “el 99% de los vecinos te habla mal de la seccional del barrio. No quieren que la comisaría trabaje en eso porque no confían en ellos. Te lo dicen”, añade. Para él con la derivación de los casos a grupos especializados, todos quedan contentos.

De las grandes organizaciones del narcotráfico se encarga la Dirección General de Represión de Tráfico Ilícito de Drogas (Dgrtid). La separación explícita de las tareas con Orden Público se produjo en octubre de 2008, cuenta el oficial. Desde entonces, este servicio abarca todas las denuncias sobre bocas de venta barriales, recibidas principalmente a través del teléfono 0800 5000, servicio de gestión de calidad del Ministerio del Interior, o el 0800 2121, que depende de la Dgrtid. Ingresan entre 300 y 400 denuncias por mes, pero el 70% o más refieren a casos que ya han sido identificados, dice Gutiérrez. Frente a la oficina del oficial, en un sillón junto a una computadora, descansan alrededor de 20 carpetas verdes con centenares de denuncias anónimas.

Cuando no tenían ese flujo de información, una de sus estrategias era seguir a quienes limpian parabrisas en los semáforos. “Iba el policía a tomar mate con una femenina (mujer policía) cerca del semáforo. El limpiavidrios, cuando hacía cierta cantidad de dinero, era cuestión de seguirlo nomás que ahí estaba la boca. Iba derecho”, afirma el oficial.

Una vez recibida información sobre un lugar de venta de drogas, el siguiente paso es trabajar sobre ella. “Mucho no puedo contar”, se excusa el oficial. “Vigilancia, seguimiento, ver los movimientos. . . Primero hay que corroborar si efectivamente esa gente está vendiendo o simplemente son consumidores que se reúnen en ese lugar para consumir y compran en otro lado. Después de chequear la información tratamos de establecer algún patrón para poder hacer el procedimiento”, explica.

Según Gutiérrez, "atacar una boca de droga te lleva tiempo. Tenés que pedir una orden de allanamiento, pero debés darle ciertos elementos al juez para que te la otorgue, elementos de convicción suficiente".

Luego, en el allanamiento, hay que actuar con rapidez y efectividad para encontrar las pruebas antes de que sean eliminadas. Uno de los principales enemigos del éxito es el baño. "Hemos roto waters, cámaras sépticas. . . Antes de entrar a la casa lo primero que intentamos hacer es ver hacia dónde va el saneamiento. Hay ciertos barrios que son casas aisladas y vos podés seguirlo. Y ahí esperamos" la pasta base, cuenta.

Además de la existencia de droga, deben contar con elementos suficientes para suponer que la sustancia no es para consumo personal, que no es considerado un delito, sino para suministrar a terceros. Ahí se hacen relevantes las balanzas, la droga fraccionada en dosis y las evidencias de transacciones.

Algunas veces se busca conseguir el testimonio de los consumidores. "Hay ciertos procedimientos que requieren la detención del comprador para poder incautarle la sustancia y que sea un medio de prueba de que compró en tal lugar. Con la declaración del comprador y lo incautado, salvamos el obstáculo del baño", explica.

Otro elemento para suponer el suministro son los objetos que la boca acepta a cambio de la droga. "La familia dice: 'Mi hijo me sacó un radiograbador de mi casa'. '¿Cómo es?'. 'Es así y asá. Lo cambió en aquella boca'. Entonces la allanás, encontrás recortes de droga, dinero, monedas y el aparato de la persona", ejemplifica. Las estrategias duran poco: luego de que se procesó a algunos vendedores con este tipo de pruebas, las bocas comenzaron a deshacerse rápidamente de los objetos que les traen los consumidores.

Los que negocian con la adicción

Las personas que venden droga no tienen un perfil que las distinga de antemano, sostiene Gutiérrez. Son “como tú y yo. No tienen perfil. Tienen familia, como todos”, dice. Eso sí: “son ambiciosos. Es el negocio de ellos. Ellos quieren crecer”, afirma.

Con la aparición de la pasta base, el trabajo en Orden Público cambió porque “aparecieron muchos más lugares de venta”, dice Gutiérrez. Además, al momento de vigilar una boca, “es mucho más detectable un consumidor de pasta base que un consumidor de marihuana o de clorhidrato de cocaína”, afirma. Otra particularidad es que, como las bocas de pasta base aceptan objetos a cambio de droga, suelen estar asociadas a algún negocio de venta. “Generalmente los de las bocas dicen que hacen feria. Tienen ropa apilada, mochilas, algún electrodoméstico, todo”, cuenta.

Sin embargo, hay cosas que no cambiaron. “Nuestra forma de trabajar con la boca que está vendiendo, sea de una u otra droga, es la misma”, afirma Gutiérrez. De hecho, “el vendedor, ya sea de marihuana, pasta base o clorhidrato de cocaína, reacciona de la misma manera. Reacciona mal. Siempre. No es que el que venda pasta base sea más violento que el vendedor de clorhidrato, no. El vendedor es vendedor”.

Orden Público ha detenido a varias personas que vendían o suministraban droga, y en muchas ocasiones el negocio es seguido poco después por sus familiares, cuenta Gutiérrez. “La pasta base es un negocio familiar. Procesan a uno y sigue otro, porque la clientela ya está hecha. Ese mismo día o al otro ya hay gente golpeando, queriendo comprar. Nos ha pasado que de mañana hemos hecho un allanamiento y de tarde o de noche están vendiendo en el mismo lugar”, dice. En general hay una persona encargada de la venta, la cual se atribuye el delito en caso que la Policía los descubra, para que los demás queden libres.

Alrededor de la boca están los llamados “perros”, una expresión despectiva utilizada tanto por consumidores como por policías. Se trata de adictos que hacen los “mandados” que les pida la boca, a cambio de un poco de droga. “Son los que cuidan las esquinas, los que, cuando viene la Policía, defienden, apedrean, tratan de obstaculizar la llegada para que la persona pueda deshacerse de la droga en algún momento. Son los que hacen mandados, que le llevan un poco de droga a otra boca o para Fulano que quiere, y reciben algo a cambio”, explica Gutiérrez.

Cuando se trata de una boca grande, un “perro” puede llegar a hacerse cargo del delito, señala el oficial: “Si es la boca principal de la organización y ahí hay unos cuantos, esa no va a caer. Va a perder un ‘perro’, es el que se va a hacer cargo de todo. Y después allá dentro, todas las semanas, ellos le ‘bancan la can a’. Surtido para él en la cárcel y surtido en la casa”.

Muy pocas veces el pasaje por la cárcel consigue erradicar totalmente la boca, aún cuando el procesado sea el cabecilla. Cuando salen, muchos vuelven a retomar la actividad. Para Gutiérrez, la clave de la persistencia es económica.

—Es la forma de vida de ellos. Es un negocio muy redituable, hay mucha gente que se ha hecho rica con la pasta base, más que con el clorhidrato de cocaína y que con la marihuana.

—¿Usted ha visto gente volverse rica?

—Sí, sí. Después son comerciantes, pero siguen con la venta. Y Narcóticos (Dgrtid) ha procesado a gente que tiene otros negocios paralelos, en forma de lavado o lo que sea.

—¿Y qué siente cuando ve que ellos se enriquecen? ¿Qué piensa?

—Ah no, no pienso.

Frente a frente

“Es así: es como un partido de fútbol. Ellos arriesgan. Pueden ganar o pueden perder. Cuando hacés un allanamiento y no le encontrás nada, te dicen: ‘Ahora gané’. Vos sabés que él está vendiendo y él sabe que vos sabés que él está vendiendo, pero tenés que comprobárselo. O a veces encontramos sustancias y, por los motivos que sean, va al juzgado, declara y se va en libertad. Ellos saben que el partido sigue. Mientras ellos estén negociando con la droga y nosotros estemos trabajando contra eso, va a continuar”, dice Gutiérrez.

El espacio en el que se mueve cada equipo está demarcado por la luz del día. En Orden Público se llama todos los días a la Dirección Nacional de Meteorología para averiguar el horario de salida y puesta del sol. Todos los allanamientos se tienen que hacer en el margen de tiempo que va desde una hora después de la salida del sol a una hora antes de la puesta. Si no se cumple con el requisito, la prueba recabada no es válida. “Aparte te pueden procesar por violación de domicilio, estás fuera del horario autorizado por la Constitución”, señala. Por eso, las bocas actúan “amparadas en la nocturnidad”.

La pequeña escala y los operativos al descubierto conllevan que ni policías ni delincuentes puedan ocultar su identidad. “A nosotros nos conocen a todos. Ellos saben que pretendemos agarrarlos y ellos tratan de que no”, afirma Gutiérrez. En las vigilancias por las noches, es común que se identifiquen mutuamente.

Incluso, han llegado a cruzarse y reconocerse en otros ámbitos. “Me los he encontrado en el shopping, en la calle, en el barrio”, dice el oficial. Y lo mismo le ha pasado a sus colegas. “Uno se siente mal. Te dicen: ‘Vi a Fulano y me saludó’. Lo hacen como diciendo: ‘¿Viste que ya estoy suelto?’”, interpreta el oficial. Pese al conocimiento mutuo, no ha

habido casos graves de amenazas o agresiones a policías, dice Gutiérrez. Lo niega como desestimando, como si hubiera habido algún hecho de importancia menor. Prefiere la metáfora deportiva.

“Ellos todos los días se están tecnificando y tratando de ponernos obstáculos para que nosotros no lleguemos a la boca. Y nosotros tenemos que tratar de ver cómo salvar todos esos obstáculos”, dice Gutiérrez.

Un ejemplo: en el Centro hay una boca que ocupa dos casas contiguas, cuenta. En una de ellas se guarda la droga. Tiene una puerta gruesa de madera, de las antiguas, y una madera atravesada trancándola del lado de adentro. La venta se realiza por la casa de al lado, pasándola por medio de una piola atada a un monedero de mujer, describe el oficial.

“Cuando lográbamos entrar, ellos se iban por las azoteas o directamente tiraban la droga. Así que hablamos con los vecinos de la otra cuadra, conseguimos pasar de escalera grande a escalera chica, de azotea en azotea, hasta poder llegar. En la casa faltaban unos vidrios de la claraboya y por ahí nos descolgamos con cuerdas”, cuenta.

Esa fue una de las veces en las que lograron la detención y procesamiento de la mujer encargada de la boca. Pero el trabajo no terminó allí. La boca reabrió y se defendió, cubriendo su flanco débil: colocaron piolas con latas en la azotea para escuchar si se acercaba alguien y alambre de púa en las aberturas. Poco tiempo después volvieron a detener a la mujer que, tras cumplir con la pena, había vuelto a su quehacer. Según Gutiérrez, “la última vez, una de las tantas veces que vino, tenía como 50 ‘medios’ de pasta base y se fue en libertad. Dijo que eran del hijo, que es menor. Pero ya la habíamos procesado dos veces”.

Para Gutiérrez las penas por los delitos vinculados a drogas son demasiado cortas. Pero eso no depende de él, sino del marco legal y el juez actuante. “Lo voy a decir bien sencillo: una persona que nosotros detenemos, con antecedentes, está dos meses y medio en la cárcel, nada más. Además hay algunos procesamientos sin prisión. Sale de aquí y está vendiendo el mismo día”, dice, y se queda en silencio. “Se siente como frustrante cuando sale en tan poquito tiempo”, agrega.

La herencia de una vocación

Aunque los allanamientos están limitados por la luz del sol, el día es mucho más largo para Gutiérrez. Se levanta a las 5.45 horas para entrar a trabajar y llega a su casa a eso de las dos de la madrugada, tras supervisar los servicios nocturnos de 222. Una cena liviana, una ducha y a dormir unas horas antes de empezar de nuevo la jornada.

Es una tarea exigente, pero se nota que Gutiérrez no le teme al trabajo. Cuando llega la primavera y se cambia el horario para aprovechar mejor la luz solar, él dice estar contento de tener más horas para actuar. Aunque el oficial nació en el departamento de Artigas, afirma que no le gustaría trabajar en el interior: es demasiado tranquilo. Él es de los que piensan que el ocio en demasía hace mal.

—¿Cómo decidió ser policía?

—Llega cierta edad en la que pensás qué querés hacer. O qué podés hacer. Soy hijo de policía, mi padre era policía. Llegado el momento, le dije: “Voy a la Escuela (Nacional de Policía)”. Mi padre se cayó de espaldas.

—¿De felicidad o de sorpresa?

—De sorpresa. “¿Estás seguro?”, me preguntó. “Sí, sí”.

—¿Por qué lo eligió?

—Es una opción de vida. Me gustaba la veterinaria, pero será que no estaba muy seguro. Agarré y opté por esta carrera. Yo soy del interior, tenía amigos que iban a hacer lo mismo y, bueno, nos embarcamos.

A Gutiérrez no le gusta hablar de sus cualidades para ser policía. Cuando le insisten, señala dos referentes en la formación de su carácter. Primero, “la cuna de la casa. Aunque no creas, vos mamás muchas cosas. Ahí empieza a forjarse tu personalidad”. La otra, fueron los tres años en la Escuela Nacional de Policía. “No es de un día para otro. Es un proceso, que te va llevando años y tiempo. Vas ascendiendo, vas haciendo distintas tareas, todo te va forjando la personalidad”, afirma.

Cuando entró en la Policía, Gutiérrez quería ser coracero. “Porque me encantan los caballos. Me encantan los animales”, cuenta. Quizás era lo más cercano a un camino intermedio entre sus dos vocaciones, la policial y la veterinaria. Sin embargo, cuando salió de la Escuela lo enviaron a una comisaría. De ahí lo asignaron al Departamento de Investigaciones, a Homicidios, a Hurtos y finalmente a Orden Público, donde trabaja desde 2002.

Terminó por encontrarse más a gusto en las tareas más desafiantes. Su preferida fue investigar en Homicidios, a pesar de que, debido a la permanente exigencia del Departamento, Gutiérrez recuerda que ese trabajo lo llevó a perder una novia. Hoy está dedicado al inacabable combate del minitráfico. “Y de acá me iré para otro lado”, señala sin dramatismos.

Después de siete años en Orden Público, ya está acostumbrado a su rutina. Ahora tiene una familia, esposa y dos hijos, a los que ve en la tarde del sábado y durante el domingo. En sus horas libres también aprovecha para cocinar para la semana: tartas, guisos y platos diversos para que siempre haya algo casero en el freezer.

Con el menor de sus hijos, el de 7 años, todavía no ha hablado de drogas. Pero con la mayor, de 19, sí. "Le muestro fotos, le muestro gente, le muestro lugares y movimiento", cuenta Gutiérrez. Y acompaña los documentos con un discurso bastante explícito: "Empezás consumiendo. El día que no tenés más plata para las drogas, empezás a vender todo lo que tenés. Después lo que tenemos en casa, lo que tiene tu hermano, tu madre y yo. Y después te vendés vos. Y después ni eso, porque (las adictas) son unos espantapájaros tan grandes y tan horrendos que ni la van a querer tampoco".

Aunque él siguió a su padre en la carrera policial, espera que sus hijos no tomen la misma decisión. "Para mí sí me gusta, pero prefiero que ellos hagan otra cosa. Mi hija no tiene perfil para ser policía, mi hijo todavía no sé. Espero que haga una carrera", dice.

El trabajo policial tiene pocas satisfacciones, dice el oficial, y agrega que el principal placer reside en la sensación de "trabajo cumplido", de logro frente al desafío. Por eso, el momento que más le gusta del día es cuando recibe la comunicación del juzgado donde le informan que han procesado a los detenidos por Orden Público. De todos modos, la satisfacción no es motivo para descansar. "Es un respiro", dice Gutiérrez. "Venís mañana y empezás de cero, todo de vuelta".





La visión de una jueza
ESCALAS DE CULPABILIDAD

Dos años no son 24 meses

Entre los jueces penales uruguayos hay un consenso no explícito al momento de fijar la pena por comercialización de marihuana y la de pasta base: mientras al primero suelen darle 24 meses de prisión, al segundo le fijan al menos dos años de penitenciaría. Aunque numéricamente los plazos son los mismos, la diferencia entre meses y años determina que un delito sea excarcelable o no. “No se suele tratar de la misma manera si es marihuana que si es pasta base. Se hace una escala de peligrosidad”, explica la jueza Graciela Gatti.

Y ejemplifica el caso de estas dos drogas con una analogía: “Si hacés una rapiña amenazando con un palo o con un arma de fuego, las dos están agravadas por el uso de un arma. Pero no vas a fijarle la misma pena, la potencialidad del daño es mucho mayor en un caso que en el otro”.

Gatti se desempeña actualmente en el Juzgado Letrado Especializado en Crimen Organizado. Antes de que la designaran para esta tarea, a fines de 2008, trabajaba en el Juzgado Penal de 7º turno. A los 45 años, la jueza ya no ordena allanamientos en bocas de pasta base, sino escuchas telefónicas para grupos internacionales vinculados al narcotráfico, por citar sólo un ejemplo.

Cuando en 2006 volvió a la materia penal, luego de unos 10 años en la justicia civil, se encontró con una nueva realidad: “arriba del 80%” de los casos que llegaban al juzgado a diario tenían algún tipo de relación con la pasta base, estima. “Era un porcentaje muy grande de gente que llegaba al juzgado y que, por las condiciones en las que estaba, uno se daba cuenta a lo lejos que estaba metido en consumo, viviendo en la calle, en estado de abandono, malnutrido”, explica Gatti.

Los detenidos adictos a la pasta base, pese a haber sido capturados por la Policía, llevados primero a la seccional y después al Centro de Investigación Criminal (CIC), cuando estaban frente al receptor y al juez solían estar tranquilos. De los gritos del carcelaje a los boxes donde les tomaban declaraciones, tenían un gran cambio. Gatti cuenta que “planteaban a veces problemas de hambre o que querían algo dulce porque se sentían mal. Todos lo sabíamos e íbamos con caramelos. Era algo muy casero”.

La jueza tenía por costumbre llamar al que iba a ser procesado para explicarle su decisión. “La custodia quedaba lejos, estaba sin esposas y jamás tuve un problema con ninguno –dice–. Siempre el trato fue en general correcto y hasta agradecían que uno les explicara”.

De hecho, el único problema que recuerda haber tenido fue con dos argentinos que pertenecían a una banda que en 2006 vino a Uruguay a robar relojes de la marca Rolex. En las visitas a los penados que los jueces están obligados a hacer, Gatti llegó a discutir con ellos. “Estaban indignadísimos, protestaban por el proceso penal uruguayo, por las cárceles, por todo. Un día me acuerdo que les dije: ‘No hubieran venido a robar al Uruguay’. Esos sí eran muy complicados. Pero en la última visita que les hice, que ya sabían cuál era su sentencia, estaban más tranquilos, hasta pudimos dialogar tranquilamente”, recuerda.

El Código de Proceso Penal establece que los jueces deben ir a los establecimientos carcelarios al menos una vez al año y una acordada de la Suprema Corte de Justicia recomienda que vayan al menos tres veces en ese período. Además, para Gatti, “muchacha gente, una vez que la mandás a la cárcel, queda aislada del mundo. Los defensores muchas veces no van, otros no tienen familia. Entonces íbamos con el actuario, llevábamos la ficha y le decíamos en qué estaba el expediente. No tratábamos ningún tema que tuviera que ver con la responsabilidad penal porque

estaban sin asistencia letrada. Pero muchas veces nos planteaban problemas de falta de asistencia médica, temas familiares o personales, y agilitábamos bastante". Entre los trámites que el juzgado resolvía estaban, por ejemplo, las autorizaciones para salir de la prisión para casarse.

Sin alternativas

"Hubo un muchacho que lo tuve que mandar preso por dos rapiñas porque tenía amenazadas a las vendedoras de dos panaderías, les decía que les iba matar a los hijos. Era para conseguir plata para la pasta base", cuenta Gatti. Destaca que fue lo "correcto" y que incluso un Tribunal de Apelaciones ratificó su fallo. De todos modos, dos veces se referiría al procesamiento diciendo "tuve que". Es uno de los dos casos en los que la jueza recuerda haber sentido una particular empatía por la persona procesada.

Gatti continúa: "Lo seguí viendo mucho tiempo después en Comcar y la verdad es que la mejoría fue muy buena, hasta físicamente se había recuperado. Él lo que me contaba era que había tenido mucho apoyo de los evangelistas, que van bastante a la cárcel. Juraba y perjuraba que no consumía más. Se casó y tuvo un bebé estando preso. No sé si la solución para ese muchacho era la cárcel, pero era lo que le correspondía. Se veía que le estaba faltando algo, que con un poco que lo ayudaran a salir lo lograba. De repente ahí lo encontré, yo quiero pensar que sí".

La cárcel, esa es la respuesta que plantea el sistema procesal uruguayo a la amplia mayoría de los delitos. Gatti preferiría que se extendiera la aplicación de medidas sustitutivas, pero aclara que se debe "sujetar a lo que marca la ley". Una de las situaciones en las que podía aplicar otra pena que no fuera la prisión era con los

pequeños vendedores que a su vez consumían y se manifestaban dispuestos a hacer un tratamiento de rehabilitación.

En el otro caso, la situación fue prácticamente opuesta: Gatti no podía encarcelar a la persona, aunque ésta lo pedía. La jueza recuerda que un joven llegó al CIC cuando ella y el actuario estaban terminando su turno, alrededor de las 19 horas. “Me acuerdo hasta el día de hoy, llegó desesperado, dijo que se llamaba Pablito y que consumía pasta base. Físicamente estaba en condiciones lamentables, vivía en la calle. Nos dijo que le habían dado unas dosis y que las tenía que pagar, pero no tenía plata, y que si salía a la calle, lo mataban, que lo estaban buscando. Quería que lo metiéramos preso para protegerse, pero no podíamos”, cuenta.

La solución que encontraron fue coordinar con la Seccional 1ª para que durmiera allí y volviera al CIC al otro día. Cuando volvió, le arreglaron una entrevista “con algún lugar para que lo recibieran y contuvieran. Después no sabemos qué pasó, nunca más volvió, pero ojalá lo hayan ayudado”.

En otras situaciones donde tampoco hay delito, la Justicia sólo puede rodear al adicto y esperar que “pase el límite”. “Es tristísimo cuando ves a esas madres que vienen a pedirte que por favor mandes al hijo preso porque no saben qué hacer con él”, dice Gatti. Una de las limitaciones es que el robo dentro del propio hogar no es punible y, en muchos de los casos, el consumidor convive con el denunciante. Sí es posible probar un delito de violencia doméstica o de lesiones, e incluso poner medidas que le prohíban al adicto acercarse a su familia, lo que suele ser incumplido y se convierte en un delito de desacato.

“Es todo un círculo. De hecho, a la larga esa persona termina con un pasaje por la cárcel, sin que se solucione el problema de fondo”, considera la jueza.

Las nuevas “changas” y “mesadas”

En el juzgado especializado, la pena mínima por delito de narcotráfico con participación en grupo criminal organizado es de 30 meses de prisión, por lo que no es excarcelable. Nada puede sustituir el encierro.

Sin embargo, desde la perspectiva de Gatti, se perciben claras diferencias entre los grupos según la droga que comercialicen. Mientras con la cocaína el negocio “es más profesional”, con la pasta base “hay familias enteras procesadas, hasta la abuela. Se arriesga poco dinero y se va haciendo el negocio día a día”, como si fueran changas.

En el juzgado especializado, Gatti investigó a un grupo formado por una mujer, su compañero, los hijos de ella y algunos vecinos de la zona del Mercado Modelo, que vivía de la venta de pasta base. De las escuchas telefónicas surgió que la pareja les daba a los jóvenes, una mayor y un menor de edad, una “tiza” a cada uno como ayuda o mesada. “Vendí la mía y media tuya”, “Hoy está difícil, no coloqué nada”, “Vamos a repartir porque no llegamos a vender todo”, fueron algunos de los comentarios de los hermanos que quedaron registrados, cuenta la jueza.

Otra diferencia es la ganancia que resulta del tráfico y venta de una y otra droga a gran escala. La mula, el distribuidor y el vendedor de pasta base suelen declarar ante la jueza que no consumen y que precisaban efectivo. Para Gatti, “más allá de que la motivación sea el dinero, uno no ve que logren realmente un nivel de vida adecuado al riesgo que tomaron y a lo que puede llegar a ser una pena. Uno se pregunta: ¿dedicarse a esto para vivir así? De repente tienen un buen auto, pero siguen viviendo en casas humildes. No es que uno los vea tan prósperos”.

En cambio, el tráfico de cocaína suele estar ligado a grupos con mayores recursos. Por ejemplo, hace poco se procesó a dos "mulas" que intentaban ingresar unos cinco kilos de cocaína cada una desde España, con la promesa de un pago de 10.000 euros. Pese a que la "mula" es uno de los eslabones más desprotegidos en la escala del narcotráfico, su situación es mejor que la de quienes trasladan pasta base. "Son otros valores", comenta la jueza.

Lo que Gatti sí encuentra similar entre la pasta base y la cocaína son las líneas de traslado. Aunque han ingresado cargamentos por barco o avioneta desde distintos países, lo más frecuente es el ingreso al país desde Argentina, usando las "viejas vías de comunicación de los contrabandistas, que pasan mercadería en lancha por el río Uruguay. Hay pasadores profesionales. Nos ha pasado muchas veces que se manda a alguien con el dinero y esa persona vuelve sola sin la sustancia".

Para la jueza, la dificultad que están encontrando para detectar a esos "pasadores" se debe a que "obviamente deben tener un sistema de corrupción ya armado en el medio local, porque yo no puedo creer que en medios chicos no se sepa quiénes son. Es como en el ingreso de drogas a las cárceles: muchas veces la entran oculta y otras veces hay funcionarios corruptos que permiten el ingreso o directamente la ingresan".

Lo que la gente quiere

En las comidas familiares, Gatti escucha los comentarios de parientes que "se horrorizan de las penas bajas que aplicamos los jueces". Cuando el discurso se reproduce en los medios de comunicación, la jueza dice sentir "una presión social" para aplicar penas más duras en delitos relacionados con la pasta base. No obstante, "parte de tu trabajo es aprender a dejar eso de lado, porque si le das a elegir

a la gente, de repente te dicen que al que robó la radio del auto hay que meterlo 10 años preso”, narra.

“La gente tiende a pensar que una persona que está bajo influencia de las drogas puede reaccionar de cualquier manera, puede llegar a dañar más. Pero las peores rapiñas que yo tuve, las más violentas, con muertes o gente lesionada, no fueron cometidas por adictos a la pasta base –cuenta Gatti en base a su experiencia—. Fueron delitos planificados por personas que no consumían. O, si lo hacían, el delito no fue cometido para conseguir más droga ni porque estaban con síndrome de abstinencia. Me da la sensación de que los consumidores actúan más bajo impulso. Y es mucho más violento el que va a cometer una rapiña armado, que el que te da un tirón de la cartera”.

Para Gatti, su rol social “es mucho más chiquito” que el de los técnicos encargados de política criminal. Pero dentro de su accionar concreto, caso por caso, dice que es “muy difícil cumplir con lo que siento es la expectativa de justicia de la gente. No necesariamente pasa por ser más duro, porque la gente quiere linchamientos en la plaza pública. Me refiero a mejorar el servicio. Por ejemplo, cuando son citados a declarar y los tienen tres horas afuera esperando”.

Sobre la pasta base, Gatti opina “no como jueza sino como persona”: “Es un veneno que lamentablemente llegó a nuestra sociedad para complicarnos la vida a todos. Creo que es algo que nos está generando problemas grandísimos, sobre todo el daño que genera en gente joven, lo que cuesta recuperarlos”.

Y agrega: “Tengo una hija de 7 años y me preocupa en qué mundo va a vivir cuando sea adolescente, que sepa a qué riesgos se expone, que sepa protegerse, que tenga las mejores herramientas para elegir su futuro”.



La visión de una “mula”
CON LA CARGA SOBRE EL CUERPO



Sucesión de errores

Parece que hubo un error de cálculo. “Salí el 6 de octubre en transitoria y cuando volví me estaban esperando con la notificación de que me iba el 25”, dice Florencia. Pero es principios de noviembre y ella sigue en la Cárcel de Cabildo, como desde hace 16 meses. “Descontaron dos veces la reducción de pena, por estudio y trabajo”, estima. Saldrá de la cárcel recién en febrero y para consolarse, como suele hacer, apela a los designios del destino: “Lo tomo con tranquilidad, tengo que conseguir dónde ir a vivir, los muebles y todo. Por algo pasan las cosas, ¿no?”.

Florencia tiene 30 años, la tez blanca, el pelo largo y oscuro. Viste vaquero, una remera blanca –muy blanca– y championes nuevos. Ahora está “a full”, dice. Cuando llegó a la cárcel, algunos pensaron que era consumidora de pasta base, por el estado de dejadez de su cuerpo. “Estaba mal, demacrada, porque de tantos nervios no me preocupaba por comer. Me importaba tener la comida de los gurises y yo estaba a mate”, cuenta.

Mientras ella cumple el procesamiento por el delito de tráfico de drogas, sus cuatro hijos viven en Santa Rosa, Canelones, en la casa de la madre de Florencia. Bruno tiene 13 años, Johana pronto cumplirá 9, Felipe tiene 5 y Luciana, 4. En todas sus salidas transitorias los va a visitar. “Mi madre vive en una casa de agregada, la señora la dejó vivir ahí porque tuvo un desalojo. Es re chiquita y precaria. Yo entiendo que es difícil cargar con cuatro gurises. Hay gente que corre con la suerte de que alguien se te quede con dos, otra persona con uno y así. Pero mi madre tiene a los cuatro, y mi padre es el que ayuda con la plata. Pero los veo descuidados, los veo. . . sin afecto, más a Johana, la del medio”, cuenta.

“Me queda poco, pero están sufriendo demasiado ya por un error mío”, reflexiona Florencia. “Por un error...”, agrega dudando. “Sí, es un error. Pero quise tener algo de plata”, se justifica.

Una oferta en tiempos de necesidad

Luego de una larga historia de precariedades, mudanzas y violencia doméstica, la situación de Florencia era insostenible. Había logrado separarse de Diego, adicto a la pasta base y padre de tres de sus cuatro hijos. Pero aún ella vivía con los niños en una casa de sus suegros, en La Teja. Diego rondaba la vivienda casi todos los días, insultando, amenazando, insistiendo con volver y en ocasiones descargando su furia a golpes contra ella y los niños. La primera denuncia a la Policía la hizo en noviembre de 2007. Luego hubo varias en enero y febrero de 2008, donde se constataron lesiones, pero él siempre huía antes de que llegara la Policía.

Por otra parte, su suegra, que vivía en Mercedes, le había dicho que no denunciara más a su hijo o la echaría de la casa. La pulseada se hizo un poco más fuerte y los dueños de la casa mandaron un flete para llevarse los muebles y electrodomésticos de su propiedad. Florencia quedó con sus hijos, algo de ropa, unos colchones, platos, vasos y poco más. Comenzaban los días de invierno. Fue entonces que apareció el hombre.

“Estábamos mal, los gurises dormían con el colchón en el piso, la casa se llovía, estaba la puerta rota, entraba agua por todos lados. En el barrio veían que los gurises andaban mal vestidos y los comentarios corren. Un día iba para el almacén y un hombre me paró en la esquina. Era nuevo en el barrio, no sé ni de dónde salió. Sé que andaba dos por tres con gente con la que yo no tenía mucho trato. Me dijo que si yo precisaba alguna

ayuda, que le dijera. ‘Sí, sí, gracias’, le dije. Pero a mí no me gusta estar pidiendo”, cuenta Florencia.

El hombre “era un veterano, alto, moreno, grandote, bien vestido”, describe. Florencia no recurrió a su ayuda, pero unos días después sintió que alguien golpeaba las manos en la entrada de su casa. Era él. “Me dijo: ‘Mirá, te voy a ser sincero, yo veo que vos estás mal, sé que necesitás una mano y me doy cuenta de que no te gusta pedir. Pero, tengo un trabajito para que hagas’. Le dije: ‘¿Un trabajo? ¿Qué es?’. ‘Tenés que ir a Buenos Aires a traer unas cosas que no pasan por la Aduana. Te las van a pegar al cuerpo y vos venís tranquilamente”.

De esta forma, Florencia entró en contacto con el narcotráfico. Nunca antes había cometido delitos. Nunca había probado pasta base, aunque conocía en carne propia las consecuencias del consumo sumado a la violencia doméstica.

El diálogo entre Florencia y el hombre continuó. “Yo nunca viajé a Buenos Aires”, dijo ella. “Quedate tranquila, vos me prestás tu cédula y yo te saco el pasaje”, le explicó él. “Yo veo que tenés mucha necesidad, pensalo porque es una buena plata”, insistió. Le ofreció \$ 10.000. “Y yo pensaba que mis hijos no tenían comida, que podía arreglar el techo”, cuenta Florencia, recreando la ilusión del momento.

Tenía poco tiempo para tomar la decisión. A las dos horas, el hombre volvió a pasar por su casa y Florencia le dijo que aceptaba el trabajo. Él le explicó que tendría que ir a Tres Cruces y bajarse en la estación de Retiro, en Buenos Aires, donde la contactaría una persona preguntándole por “Juan”. Le dijo que fuera tranquila y confiara, que nadie iba a hacerle nada malo. Sólo le colocarían la mercadería en su cuerpo y ella la ingresaría al país.

Florencia sabía que lo que le estaban proponiendo era ilegal y no mucho más. Nunca nombraron qué era lo que tenía que traer. Supuso que sería droga, pero prefirió no preguntar. Tampoco conocía la pena por ese delito.

—¿Saliste ese mismo día?

—Sí, esa noche.

—¿Te dio el tiempo para pensarlo?

—No, pero como que por algo había salido.

—¿Con quién se quedaron tus hijos?

—Con dos muchachas del barrio que me dijeron: “¿Vos estás segura?”. “No, no estoy segura. Sé que no estoy segura, pero no tengo plata. Ya está”. Había pensado en ponerme a prostituir, ya no sabía qué más hacer, pero necesitaba que los gurises tuvieran sus cosas.

Malabares para fundar un hogar

Florencia relata su vida tomando a sus hijos como mojones. Primero tuvo a Bruno a los 17. Nació prematuro, a las 33 semanas, y estuvo un año y medio internado después del nacimiento. Debido a una insuficiencia respiratoria iba a necesitar usar tanques de oxígeno para hacer la más mínima actividad, al menos durante la etapa de crecimiento. El padre “lo reconoció, pero no le dio bola”, dice Florencia.

“Cuando estuve internada ese año y medio con Bruno, lloré mucho por el padre de él. Era una gurisa, primer amor y todo”, recuerda. Además, él había sido una figura muy importante: había creído en ella y la había defendido en un tiempo en que no tenía un grupo estable de amigas, los padres hacía poco que se habían divorciado y ella era considerada como “la oveja negra de la familia”.

Unos meses después de salir del sanatorio, Florencia comenzó a verse con Diego. Ella tenía 20 años y él 17. Los padres de Diego se oponían a la relación, porque ella ya tenía un hijo. Al año siguiente quedó embarazada de Johana.

En ese tiempo ella vivía en una pensión a media cuadra del Mercado del Puerto. Trabajaba informalmente limpiando la pensión, lavando ropa y cuidando niños. Retiraba canastas de alimentos o “surtidos”, como ella les llama, en el Instituto Nacional de Alimentación y en la iglesia “del Señor de la Paciencia”. Su padre la ayudaba a pagar las cuentas. Johana iba a la guardería y Bruno iba a la escuela de tiempo completo, siempre cargando, además de la mochila con los útiles, la del suministro de oxígeno.

Diego trabajaba con su padre, manteniendo jardines en el Prado y haciendo zafras en un frigorífico de pescado, cuando se fue a vivir a la pensión junto con Florencia, Bruno y Johana. En ese tiempo había empezado a consumir pasta base. “Después como no quería ir a trabajar, teníamos unas agarraderas. Una vez lo veo que viene fumando pasta base. Le dije: ‘¿qué estás haciendo?’. ‘Nada’, respondió. ‘¿Diego, eso no es lo que te mata en tres meses?’, le pregunté, porque era cuando salió eso de que en tres meses la pasta base te mataba. ‘No’, dijo, ‘esto mata al que quiere. Yo tengo control todavía, hay gente que no lo tiene’. ‘Bueno, pero acá dentro de la pieza, no’, le dije. Y se fue para el baño. No le daba importancia porque en realidad no sabía lo que provocaba la pasta base”, relata Florencia.

Él se puso a cuidar coches en la Ciudad Vieja. “De repente me decía que se iba a cuidar en la plaza Matriz o la Independencia, que era fin de semana y que había baile. Me traía \$ 100 o \$ 200 y después me enteraba de que hacía cerca de \$ 2.000 por noche”, se queja.

Pronto empezaron las discusiones en el hogar. "Había necesidades, yo no podía sola con todo y él nunca estaba. Después empezaron a faltar cosas, como la ropa de los gurises, o venía sin su ropa nueva. Y de un tiempo a otro ya no aportaba nada, no volvía a dormir", cuenta Florencia. Sin embargo, la pareja se mantenía. "Quise terminar muchas veces con él pero él no quería, me decía que iba a cambiar, que esto y que lo otro. Peleas, discusiones y terminábamos pegándonos. Se iba y después volvía a los tres, cuatro días todo re sucio, mal y arrepentido", narra. Y continúa: "Mi padre se agarraba tremendas rabietas porque él era el que trabajaba y el otro abusaba. 'No lo sacas más de esa pasta base, dejalo quieto que él siga su vida'. 'No, papá, yo lo voy a sacar', le decía".

Las separaciones y reencuentros se fueron repitiendo. Florencia relata peleas por motivos varios: que él quedaba encargado de cuidar a los niños y los dejaba solos, que se llevaba las cosas de la casa para venderlas, que se escapaba a consumir después de haber logrado un mes de abstinencia. Y relata también las sucesivas ocasiones en que volvieron, acompañadas de reproches, arrepentimientos, súplicas, lástima y esperanza. No habla de amor. Sí de que él era "el padre de sus hijos".

"Habíamos estado separados un par de meses y volvimos cuando quedé embarazada de Felipe", cuenta. Como Florencia tenía riesgo de perder el embarazo, el último mes tuvo que estar internada en el Hospital Pereira Rossell. "Mis embarazos los tengo que hacer en quietud. Nunca hubo quietud, en ninguno", acota. Bruno había quedado con su tía paterna y Johana con los padres de Diego. Un día Florencia pidió permiso para salir del hospital a buscar las canastas de alimentos y descubrió que Diego había saqueado lo poco que quedaba en la habitación de la pensión. Se fue a buscarlo, discutieron y esa misma noche tuvo al bebé.

Luego del alta se quedaron juntos unos días en la casa de su suegra. Después volvieron a discutir y Florencia se fue con los niños a un hogar para mujeres con

hijos del Centro de Promoción por la Dignidad Humana. Él comenzó a visitarla todos los días. Volvieron. A él le dieron trabajo de sereno en un galpón del hogar y su relación anduvo bien por un par de meses. Luego, otro robo por pasta base detonó una nueva separación.

Entonces “quedé embarazada de Luciana”, dice, y se le escapa una risa nerviosa, a medias disculpas, a medias lamento.

—Haber vuelto ahí con él fue el peor error que cometí.

—¿Por qué?

—Porque al quedar embarazada no tenía control sobre él. Era otro embarazo de alto riesgo, no podía ni rebuscarme limpiando, no podía hacer nada. No podía correr atrás de él, no podía pelear con él.

Florencia cuenta: “Ahí ya vivíamos en una situación de violencia porque Diego me pegaba, le gritaba a los gurises, ya no se controlaba más”. Sin embargo, por sus descripciones hacía ya tiempo que la violencia estaba presente en la pareja. Muchas de las discusiones estaban ligadas a los intentos de Florencia por sacarlo del consumo de pasta base. “Discutíamos por todo, porque yo no lo dejaba ir a drogarse, porque lo dejaba trancado, porque él se quería ir, se despertaba y estaba atado a la cama”, explica. Paradójicamente, agrega: “Yo ya no quería ni que me pegara, ni discutir, me molestaba hasta la presencia de él. Era insoportable, pero no se quería ir”.

La violencia se agudizó cuando se fueron a vivir a la casa de los padres de Diego, porque “él entraba y salía cuando quería”, explica Florencia. Pero ella creía que, de alguna forma, sus hijos tenían derecho a seguir viviendo en esa casa, a recibir esa ayuda de parte de sus abuelos. Cuando buscaba la manera de salir adelante, ya separada de él, apareció la oferta de traficar pasta base

De la estación Retiro a plaza Cuba

Florencia aceptó el encargo. El viaje de ida fue tal y como se lo habían descrito. Bajó en la terminal de Retiro, en Buenos Aires, y se puso a mirar vidrieras en la estación, lentamente, esperando a que la abordaran. “Yo veía que nadie se acercaba. Salí para afuera. Tenía miedo de perderme”, recuerda. Entonces se acercó un hombre bajo, de rasgos aindiados. “Me dice: ‘Hola, ¿vos venís de parte de Juan?’. Yo me decía por dentro: ‘Ay, sí, m’hijo, hace horas que ando acá’”, recuerda Florencia. “Vení vamos a dar una vueltita”, le dijo el hombre.

Se dejó guiar. No recuerda bien el camino, sólo sabe que cruzaron un par de plazas, entraron en un bar y pasaron al baño. Una vez allí, el hombre sacó un envoltorio. “Ya lo traía todo armado. Era como una bolsa negra con todo envuelto. Eran tizas, lo dijo Narcóticos cuando me agarraron. Me pusieron la bolsa (en la cintura) y lo pegaron con cinta, que no era cinta adhesiva, era una cinta como de tela, para que no hiciera ruido. El hombre me explicaba todo”, cuenta Florencia.

Luego el hombre le indicó que tenía que marcar el pasaje de vuelta y esperar en la terminal hasta el momento en que saliera el coche, cerca de las 22 horas.

¿Estabas nerviosa?

—Estaba nerviosa, sí. Pero pensaba en los gurises, en que iba a agarrar los \$ 10.000, me iba a hacer un buen surtido, les iba a comprar ropa e iba a ver si podía arreglar el techo. Y que al otro día era el cumpleaños de Bruno. Estaba en eso. Y re enojada, porque (mis suegros) nos habían dejado sin nada, sin una garrafa para cocinar, sin la cocina, no teníamos nada. Esperaba y pensaba: “Ahora llevo y compro esto y lo otro”.

Primero, tenía que pasar por la Aduana argentina. Florencia nunca había pasado por un control fronterizo. “Yo nunca salí de acá. Como lejos he ido a Mercedes, que iba de vacaciones a la casa de mi abuela, y a Maldonado, que fui con los viajes de la escuela”, explica. Sin embargo, sortearlo no fue complicado. “Pasé por ahí, pasó la mochilita, subí al ómnibus y fui al asiento. Dormí todo el viaje”, relata.

Cuando Florencia se despertó, reconoció el entorno del arroyo Pantanoso. Ya estaba en Montevideo. El hombre que le había ofrecido el trabajo le había dicho que se encontraría con ella en la parada de plaza Cuba. Llegó al lugar y bajó sin problemas. Miró a la gente que esperaba en la plaza, vio que el hombre no estaba y decidió tomarse el ómnibus hacia su casa. Se puso los auriculares y, escuchando la radio, comenzó a caminar hacia la parada del 124. Parecía que había logrado cumplir con el encargo.

Junto a ella habían bajado otras tres personas. Entre ellas había una mujer, que caminaba a su lado. Cuando Florencia se dirigía a la parada, un hombre se le acercó y le pidió que se sacara los auriculares. “Me preguntó: ‘¿Usted viene con esa señora?’. ‘No, no’, le dije. ‘¿Y por qué se iba a tomar el taxi con ella?’. ‘No, yo voy a tomarme el ómnibus’. ‘Señora, somos de Narcóticos, ¿le molesta que la revisemos?’. ‘No’, le dije yo, pensando que iban a mirar en mi mochila. Nos revisaron ahí mismo en la calle, contra un muro, a mí y a la señora. Se ve que la venían siguiendo a ella”, cuenta.

Los oficiales revisaron los bolsos y no encontraron nada. Entonces Florencia escuchó a alguien decir: “¿Ya le revisaste el cuerpo?”. “Empecé a temblar y pensaba: ‘Ay, no, Dios, no me podés hacer esto. Estoy haciendo esto por los gurises’”. Una oficial le tanteó las piernas y la panza. En esa época Florencia era muy flaca y le habían apretado tanto la carga que casi ni se le notaba. Cuando ya estaba retirando la mano, la oficial rozó el borde de la cinta adhesiva. “Acá está, positivo”, dijo. Las detuvieron a las dos y las llevaron a las instalaciones de la Dgrrtid, en el Prado.

“Yo no sé si esa mujer en realidad viajaba conmigo o no. Yo viajé sola, a lo mejor era ella la que me controlaba”, piensa Florencia. Lo cierto era que no la conocía y así lo sostuvo pese a lo insistente que fue el interrogatorio. “Me decían: ‘Hace años que estamos detrás de esta mujer, mirá que ella no te va a llevar ningún paquete, no te va a dar una mano con tus hijos’. Yo lloraba, les decía que al otro día era el cumpleaños de mi hijo y que mis hijos quedaban solos. ‘Mirá, nosotros entendemos la situación de las mulas, pero tenés que decirnos si es ella’, me insistían”. Al final, la mujer fue liberada por falta de pruebas.

El resultado para Florencia fue distinto: “Al mediodía me llevaron al juzgado, a las 5.30 de la tarde a Jefatura, de Jefatura a la (Policía) Técnica y de Técnica para acá”, cuenta desde la cárcel de Cabildo.

—¿Cuánta droga traías?

—Cerca de 3 kilos, 2 kilos 600 y pico me dijeron que era.

—¿Era todo pasta base?

—No sé, porque supuestamente era pasta base, pero en la resolución cuando yo fui a firmar decía que había 168 tizas de pasta base y que en la prueba resultó ser cocaína en su máxima pureza, no entiendo, no sé.

Al poco tiempo de entrar en la cárcel se le acercó una reclusa. “¿Vos sos el ingreso?”, le preguntó. Florencia asintió. “Vení que tengo que hablar contigo”. En la celda le explicó que era hija de la mujer a la que habían detenido junto a ella en plaza Cuba. Y le dijo: “Cualquier cosa que precisés, a las órdenes. Porque mi madre dijo que si hubieras sido otra, habrías dicho que viajabas con ella y ella venía presa. Y ahí ibas a tener problemas, pero ahora no”, recuerda Florencia. Ese fue su recibimiento. Al hombre que le había propuesto el trabajo nunca más lo vio.

La cárcel monasterio

La cárcel de Cabildo mantiene la arquitectura religiosa del tiempo en que era un monasterio: la cúpula, los patios interiores, los nichos para virgencitas y santos que hoy albergan ramitos con flores de plástico. Hace 20 años, había 35 presas ocupando la mitad de las instalaciones. Hoy son algo más de 400, pese a que el límite máximo de capacidad es de 150 personas. Y, como el ritmo de los ingresos supera al de los egresos, se prevé que la población carcelaria continúe aumentando. Cada semana ingresan aproximadamente unas 10 nuevas reclusas y apenas tres salen en libertad.

En los últimos 10 años, ha aumentado la cantidad de mujeres detenidas por delitos vinculados a la droga, en particular a la pasta base. Hay familias enteras (abuela, madre e hija) encarceladas por la venta de estupefacientes. También hay quienes siguen cometiendo este delito dentro de la prisión, lo que, de comprobarse, les valdría un nuevo procesamiento. Incluso hay presiones internas para que las visitas o las presas con salidas transitorias ingresen drogas. Mientras tanto, la cárcel carece de tecnología apropiada para detectar las sustancias que se ingresan dentro del cuerpo, sin apelar a la directa revisión manual.

Las presas adictas protagonizan intentos de suicidio y asaltos a la farmacia de la cárcel en busca de fármacos, fermentan frutas y vomitan los medicamentos para mezclarlos con otras sustancias y producir drogas caseras. En paralelo, hay reclusas trabajando y estudiando desde Primaria hasta cursos de peluquería dentro de la cárcel.

Al principio, Florencia dormía mucho. Después llegó el insomnio: descansaba dos horas cerca del mediodía y no podía conciliar el sueño en el resto del día ni de la noche. “La cabeza te trabaja”, explica. Ahora prefiere mantenerse ocupada. Hace la limpieza de uno de los patios, prepara los exámenes de tercero de liceo y participa de talleres de música e inglés. “Entre el trabajo y el estudio ocupás la cabeza. No estás todo el tiempo sentada o tirada en la cama, ya que después no encontrás qué ver en la tele, no encontrás qué escuchar en la radio, no encontrás qué hacer en el patio. Porque siempre es lo mismo: una que pelea con la guardia, la otra que pelea con aquella...”, cuenta.

Florencia tiene hipermetropía y usa lentes de cristal grueso, que acentúan la bondad de sus rasgos. El día de la entrevista no los llevaba puestos. Según contó, se le rompieron en una pelea, “separando”.

Hace unas semanas la suspendieron por hablar por celular, lo cual está prohibido dentro de la cárcel. Dice que quería gestionar el arreglo de las computadoras del Plan Ceibal de sus hijos, que no estaban funcionando bien. El teléfono era prestado y se rehusó a dárselo a la guardia. Le dieron 40 días de sanción, sin visitas ni derecho al peculio (trabajo dentro de la cárcel).

De todos modos, dentro de los parámetros de la cárcel, ella sigue estando bien ubicada: son cuatro reclusas en un espacio de aproximadamente tres por cuatro metros. Se llevan bien, comen y toman mate todas juntas, ven televisión, conversan. Aunque es común entre las presas hacerse cortes, Florencia dice que nunca lo hizo y que no comprende a las mujeres que se cortan. “Dicen: ‘Porque me desahogo’. ¡Pensá un poco! No entiendo las cabezas esas”, opina.

Una ética carcelaria

En la cárcel, Florencia aprendió mucho. De lo bueno y de lo malo. Pudo pensar con tranquilidad sobre todo lo que toleró en su vida pasada, pero también sabe ahora cuánto cuesta una tiza y cuánto se gana fraccionándola y vendiéndola al por menor. “El mundo es así: tiene que existir la Policía, los delincuentes, las enfermedades, los médicos. Todo va de la mano, ¿no?”, comenta. Poco a poco, se ha ido iniciando en los códigos de la cárcel.

“Es raro, porque (la pasta base) es una porquería, pero yo a la gente que la vende no la veo como tan culpable. Pienso que si no lo hubiese traído yo, lo hubiese traído otra persona”, afirma Florencia. Aunque su valoración tiene un límite: traficar dentro de la cárcel. “Estás matando a la gente que no tiene ni siquiera posibilidades, que es la familia la que lo está pagando”, sostiene. Pese a que muchas reclusas piensan igual, la venta de pasta base dentro de la prisión continúa, sostenida por la misma lógica de la ganancia con la que reina afuera. “Un ‘medio’ que en la calle se vende a \$ 25, acá está a \$ 100. O sea, lo vendés cuatro veces más caro de lo que sale afuera”, explica Florencia.

Por fuera de los barrotes de la cárcel, ella entiende las razones de las bocas, aun cuando no sean situaciones de extrema necesidad: “La gente que vende la droga es gente que estaba apretada, como yo, o que estaba bien, pero dijo: ‘Voy a salir adelante con esto porque es lo que se está moviendo ahora, es negocio’. Y tienen a los hijos bien”, sostiene.

Es por eso que en ocasiones le parece más condenable el consumo que la venta de pasta base. “El que consume llega un momento en que roba para la droga, ya

se le fue de la cabeza la familia. Y al que vende le interesa el bienestar de ellos y de su familia", compara. El parámetro de valoración de Florencia siempre es cómo afecta la conducta al entorno familiar, sin pensar en las consecuencias para los otros o para la sociedad.

—¿Las bocas piensan que están vendiendo algo que le hace mal a otra persona?

—Las he escuchado un par de veces. Dicen que ellos no obligan a nadie, que no inventaron nada. Ellos lo que hacen es darle lo que busca a la persona que ya consume. Como que no sienten esa responsabilidad de que vos estás mal porque ellos te lo vendieron. Es como los cigarrillos: el kiosquero sabe que le hace mal al que fuma, pero se los vende igual. Es raro.

—¿Vos fumás?

—Fumo cigarro, poquito. Fumo más bien cuando ando muy angustiada, cuando estoy nerviosa, cuando lloro. A veces cuando estoy muy llena. Pero no tengo vicio. Mi vicio son mis hijos.

Florencia piensa que si se viera envuelta en una situación de extrema necesidad, similar a aquella en la que aceptó la propuesta de "mula", no podría asegurar lo que haría. Pero, a priori, intenta convencerse de que evitaría la vía "rápida": "Por algo pasan las cosas. En este tiempo que estoy acá y que no estoy pensando apurada, todo el día pienso que ya me equivoqué una vez. Por querer hacer las cosas más rápido y de la manera más fácil, terminamos sufriendo todos, terminé dándole cargas a mi familia que no tenía por qué darle", afirma.

Ha tenido bastante tiempo para pensarlo y para Florencia la clave está en la vivienda. Está casi obsesionada con eso. "A mí lo que me hace falta es un techo. Una vez que tenga un techo, con cualquier trabajo, de a poquito, vas saliendo adelante. Pero desde que nació Bruno estoy tratando de tener un techo, voy de una pensión a otra, he estado

viviendo en casas de amigos y siempre estoy en la misma. Y no es bueno para los gurises estar todo el tiempo cambiando como nómades de lugar, de compañeros, de escuela. No es bueno", afirma.

La casa, como tantas otras cosas, en su vida, también la deja en las manos de Dios. O, en todo caso, de algún ministerio. Ella no vislumbra cómo conseguirla sin una ayuda extra.





La historia de Martín, segunda parte
LA VUELTA AL HOGAR

La terapia de cuidar a otros

A los 29 años, Martín lleva uno y medio de tratamiento por decisión propia. Es una de las personas que está hace más tiempo en el Portal Amarillo, ya que recaer de forma periódica. "Cuando me enoja, cuando me molesta algo, cuando veo algo que me incomoda, ya arranco de una (para la boca). Meto excusas, porque son excusas que busco para salir a consumir", afirma.

Una de las personas que más lo impulsó a iniciar un tratamiento por su adicción fue Romina, con quien Martín estuvo ocho meses de novio. "Tenés que dejar la pasta base", le decía ella. ¿Nadie se lo había dicho hasta entonces? No. La madre se enojaba con él y le gritaba para que dejara las drogas, mientras que los amigos eran todos consumidores y le incitaban a seguir. Pero Romina fue distinta: le decía que con esa droga se estaba haciendo daño y que se fijara en lo que había perdido para intentar recuperarlo.

A Romina la conoció por chat. Era entre dos y siete años menor, Martín modifica la diferencia de edades cada vez que habla de ella, así como tiene una vaga noción del transcurso del tiempo comprendido en los ocho años en que consumió. Su única certeza es que estuvo ocho meses con Romina. Ese lapso lo repite sin confundirse. Fueran cuales fueran las edades de Martín y Romina cuando estuvieron juntos, lo seguro es que ella estaba en el liceo y él ya vivía en la calle.

—¿Cómo fue la primera vez que se vieron?

—Le dije por chat: 'Yo te quiero conocer'. 'Yo también', me puso. Entonces dijimos de vernos en el Montevideo Shopping, en los sillones de adentro.

—¿Te arreglaste para ir?

—¡Claro! No voy a ir así. Unos compañeros me juntaron unas pilchas. Era gente que vivía en Pocitos, que estaba todo bien.

—¿Qué les contaste?

—Que tenía una chica, que quería verla y no tenía pilchas. Entonces juntaron algo para darme. Al otro día fui al Montevideo Shopping con un compañero que era del edificio donde yo cuidaba coches. Porque eran dos minas: estaba ella (Romina) y la amiga.

—¿Qué hicieron cuando se encontraron?

—La vi y hablamos. Estuve una semana para arreglarme con ella, no fue el primer día. Primero quería saber bien cómo era. Entonces dejé pasar una semana, dos semanas, tres semanas. . . A la cuarta semana le dije de frente: “Romina, mirá, me pasa esto contigo. ¿Pinta algo?”. “¡Y cómo no va a pintar!”, me dice. “Ah, bueno, ya está”. Después estuve ocho meses con ella.

—¿Romina sabía que vos vivías en la calle?

—Claro, yo siempre le dije la verdad, nunca le mentí.

—¿No le molestaba?

—No, ella me quería como era. No le importaba que viviera en la calle ni. . . Lo que siempre respeté fue que nunca consumí delante de ella. Al revés, cuando tenía que verla no consumía, iba derechito, de cara (no drogado), como un señorcito.

—¿Cómo hacías para aguantar las ganas de consumir cuando estabas con ella?

—Pude achicar porque tenía a alguien que me achicara la cabeza. Cuando estaba fisurado le decía: “Romina, mirá que ando mal, tengo ganas de consumir. Así que vamos a hacer algo”. Entonces íbamos para el Montevideo Shopping, la rambla, el puertito del Buceo. Entre la gente te olvidás, te jugas unas maquinitas, te comes un helado y listo.

El noviazgo de Martín y Romina terminó cuando la madre de ella se enteró que él vivía en la calle. La mujer amenazó a su hija con mandarla a España con el padre si no terminaba su relación con Martín. “Y sí, yo vivía en la calle, ¿qué futuro podía darle? Tenía razón”, dice él resignado. “Me sentí mal y arranqué. Empecé a consumir y a hacer la mía”, añade.

Muchos años antes, el cuidado hacia otra persona también lo había ayudado a dejar de lado las drogas. Él tenía 19 años cuando su prima se fue a vivir con un novio y dejó a su hija, de dos años, a cargo de la abuela, Sandra. Como ella trabajaba, Martín y su primo eran quienes cuidaban a la niña durante el día.

—¿Qué hacían con tu sobrina?

—La llevábamos para la placita a caballito o al supermercado. Yo le decía a mi primo: “Quedate acá en la esquina que ya vengo”. Me iba para la vuelta del supermercado, hacía monedas para la leche y los pañales, y los pasaba a buscar.

—¿Nunca ibas a pedir con ella?

—No, mi primo se quedaba con mi sobrina cuidándola, y yo iba a pedir monedas. Nunca fui con ella arriba, no me gusta.

—En ese entonces ya fumabas marihuana, tenías “malas juntas”, según tus palabras, y estabas yendo y viniendo del interior. ¿Cómo era estar a cargo de una niña?

—Ahí empecé a achicar, ya no consumía tanto. Me preocupaba más por hacer plata para la leche y los pañales que por otra cosa. Yo le decía a mi primo que después, si se podía, hacíamos para el porro o el vino. Primero teníamos que hacer para la botija.

—¿Cuántos años tenía ella cuando volvió la madre?

—Cinco, más o menos.

—¿Y ella se acuerda de esos años?

—Se acuerda, sí. Vos le preguntás: “¿Quién te crió a vos?”, y te dice: “Mis tíos”.

En Martín convive la ausencia de culpa al arrastrar a las víctimas de sus arrebatos junto con la ternura que demostró con Romina o con su sobrina. Según los técnicos del Portal, las respuestas dependen del tipo de relación que se plantee. “Calle, droga, prostitución, delito: en general en ninguna de estas cuestiones podés confiar en el otro y en ninguna hay vínculos verdaderos”, señala Triaca. En esos contextos, agrega

Silva, predominan “la desconfianza, instalada como un organizador de los vínculos, y la cosificación, donde el otro es una cosa porque antes uno se sintió tratado así. Y si el otro es una cosa, uno no siente culpa por revolverla. Ahora, cuando el otro ofrece un escenario vincular distinto, donde en vez de cosas aparecen personas, seguramente al sentirse cuidado, va a cuidar. Es otra matriz de vinculación totalmente distinta y hasta antagónica”.

En la arena de la playa Pocitos

Martín siguió con su vida en la calle, centrado en subsistir y financiar sus momentos de consumo hasta que, a principios de 2008, hubo un día diferente. No se encontró con un viejo amigo, ni tuvo una charla removedora, ni se enfrentó con la autoridad de un juez que lo intimara a cambiar. Simplemente, Martín se sentó en la arena de la playa Pocitos, miró hacia el mar y largó el llanto.

“Estaba podrido de vivir como estaba viviendo”, recuerda. “Me acordé de todo lo que vivía antes, cuando era chico. Me gustó, quería estar de vuelta, ser un pibe como antes, bien. Me acordé de las juntas que tenía, los fútbol que hacíamos, la gente y mi familia. Extrañaba”, cuenta.

Ese día tomó la decisión de cambiar. En el refugio en el que a veces dormía le hablaron del Portal Amarillo, le explicaron dónde era y le dieron dinero para el boleto. Después de evaluarlo, un grupo interdisciplinario decidió que lo mejor, dada su situación, era internarlo. Pasó 15 días sin salir del edificio ubicado en Nuevo París.

Silva explica que “en el residencial hay una alta contención institucional, pero por eso mismo está el riesgo de que se genere un efecto de contraste muy grande con

su cotidianeidad, una especie de efecto burbuja. La internación es una figura clínica dentro de un proceso de rehabilitación, que tratamos que sea lo más corta posible porque el 99,9% de los problemas que hay que trabajar quedan afuera cuando el chico se interna. A veces es estrictamente necesario por situaciones de riesgo vital, psicológico o social. Lo que hay que hacer es darle herramientas para que pueda llevar una vida más vivible en su medio habitual”.

Para Martín, esa primera internación en el Portal significó un fuerte cambio. “Estaba como loco de estar encerrado ahí adentro y no poder hacer nada. Comer y dormir nomás. La ansiedad me mataba, quería salir a toda costa para la calle”, cuenta. Dice que la medicación lo ayudaba a contenerse, junto con su voluntad. “El primer día que vine ya estaba decidido a cambiar y a salir a adelante. Lo pasado está, ya lo viví y sé lo que es”, afirma.

Tras el período de internación, Martín comenzó a asistir al grupo diurno, que implica ir al Portal unas siete horas diarias de lunes a viernes. Así empezó a adoptar una nueva rutina, pautada por entrevistas con médicos y psicólogos, almuerzos grupales, momentos de ocio, clases curriculares y talleres.

Martín se destaca en panadería. Es uno de los que terminaron el curso de formación y tiene el diploma que lo atestigua. Sin embargo, aún no sería bueno para él comenzar a trabajar y, por lo tanto, manejar dinero. Las recaídas siguen siendo una tentación demasiado presente. De hecho, cuando recibió el diploma le regalaron un celular que terminó cambiando por pasta base ese mismo día. “El teléfono le duró media hora”, le reprocha su tía, Sandra. Martín ni siquiera esboza una defensa.

Unos seis meses después tuvo otra recaída. El detonante fue una discusión con Sandra.

- ¿Qué pasó ese día?
–Discutí con mi tía, me enojé, lo tomé como excusa y me fui a consumir.
–¿Por qué discutieron?
–Me dijo una cosa que no me gustó.
–¿Qué?
–Es que yo soy portador de VIH. No sé ni qué tengo, no quiero ni saber. Cuanto antes me vaya, mejor.

Martín fue dos veces a hacerse los análisis recomendados para los portadores de VIH, pero en ninguna de las oportunidades recogió los resultados. Aunque existen tratamientos para convivir con el virus, él no quiere escuchar nada sobre la enfermedad. La sola mención de este tema le hace perder el buen humor y simpatía, al punto que advierte que podría recaer si se insiste en él.

Los que se quedan, los que se van

Cuando empezó el tratamiento, Martín volvió a visitar a su tía y primos, Diego (31) y Jessica (29), a su casa en La Teja. Sandra cuenta: “Un día, no sé cómo fue porque yo hacía pila que no lo veía, vino gordo, lindo, estaba bárbaro. Y me dijo: ‘Tía, me rescaté’, porque había estado internado en el Portal”.

En ese entonces Martín pasaba las noches en un refugio para personas en situación de calle. “Como el Portal es de lunes a viernes, los sábados y domingos quedaba por ahí boyando, salía del refugio de mañana y no tenía adónde ir hasta la noche. Era invierno y hacía un frío espantoso, pobrecito, a veces venía para acá empapado. Y yo a la vez tenía miedo de que me llevara lo poco que tengo”, dice Sandra, acostumbrada a los cuentos de su hermana sobre los robos de Martín y Pablo.

La determinación de Martín, que a veces flaquea pero existe, fue la que convenció a Sandra de recibir a su sobrino en su casa. “Un día mi hija (Jessica) me dijo: ‘Mamá, yo no puedo ver más a Martín así, ¿te parece si le decimos de venir para acá? Se ve que se quiere recuperar’. Yo le dije que sí, pero que si se portaba mal, chau. Pero no, acá es obediente, notás que ha cambiado muchísimo. Y lo hizo por él mismo, eso es lo que a mí me gusta”, cuenta Sandra.

La casa tiene dos dormitorios: en uno duerme Sandra y en el otro Jessica con sus hijos de 1, 8 y 12 años. Diego y Martín arman sus camas de noche en el comedor. Los siete se mantienen con el sueldo de Jessica, que trabaja de limpiadora. Sandra cuenta que cada tanto su hija se enoja con los varones y se queja: “Lo que me calienta es que agarran una changa y lo que cobran es para la droga. Hacen \$ 20 y no piensan en comprar un pan y una leche”. Diego también es consumidor de pasta base.

“A mí lo que no me entra en la cabeza es cómo los puede doblegar un vicio. Sé que depende del perfil de la persona, pero yo fumé y dejé –dice Sandra–. Mi abuela fumaba, tomaba, se agarraba unas curdas de novela y un día dijo: ‘basta’. Mi padre tomaba que era impresionante y dejó. No hay vicio que te domine, es el entorno. Dicen que no les gusta fumar solos, entonces llevan a otro. Y si sos medio débil, chau”.

Para disminuir las posibilidades de que sus antiguos compañeros de consumo lo pasen a buscar para fumar pasta base, Martín prefiere vivir en lo de su tía mientras se encuentra en tratamiento. Está a sólo siete cuadras de la casa de su madre, pero es suficiente distancia para notar la diferencia en la cantidad de bocas por metro cuadrado. Además, Martín señala: “Con mi madre hago lo que quiero y con mi tía no”.

Además, en aquella casa hay para él otro motivo de tentación: su hermano menor, Pablo. Las veces que Martín intentó dejar la pasta base viviendo en lo de su madre

fueron un fracaso. “Ella sabía que mi hermano consumía delante mío y sabía que me hacía mal. Pero no le decía nada. Esas actitudes me quemaban, me enojaban. Entonces nos poníamos a discutir”, cuenta.

Según Martín, Andrea no echa a Pablo de la casa como sí lo hizo con él porque “cobra pensión (por discapacidad intelectual) y a mi madre no le sirve pelearse con él”. Diego, a su vez, piensa que su tía “es más encariñada a Pablo, es el hijo más unido. Y cobra pensión”.

En cambio, Andrea evalúa distinto la situación: “Yo los echaba de boca, después capaz que venían al otro día y ya entraban. Él (Martín) tiene más orgullo, es como yo, si me echás me voy. Al otro (Pablo) lo echo de tarde y de noche está volviendo”. Ella explica que lo hacía “para enseñarles, porque ellos tienen que elegir entre estar en una casita conmigo o estar en la calle”.

Sandra responde diferente a la adicción de su hijo. “¿Cómo hacés con un hombre de 30 y pico de años que no se quiere internar? A mí no me da el coraje para echarlo a la calle”, explica. Y agrega que más de una vez le ha dicho: “Tu primo sabe lo que es la calle, vos no sabés lo que es tener hambre y frío. ¿Querés probarlo? No hay ningún problema, la próxima vez vas para la calle a requechar. Aunque yo no pueda dormir, aunque no pueda vivir”. Pero la amenaza nunca se cumple. Lo máximo que estuvo Diego fuera de su casa fueron 13 meses, la suma de las dos veces que estuvo preso por tenencia y venta de drogas.

Construir una nueva rutina

La familia de Martín tiene confianza en que él saldrá adelante. Sandra no sólo piensa que va a lograrlo, sino que además cree que ayudará a Diego a terminar con la

pasta base. Andrea confía en la recuperación de Martín, aunque no así en la de su hijo menor, Pablo: "Martín ya salió, está saliendo. Con Pablo no sé, capaz que tengo la suerte de que salga. O capaz que tengo la suerte de que vengan, me golpeen la puerta y me digan que está muerto, que me lo mataron. Solamente Dios puede ser que me ayude", afirma con los ojos rojos y húmedos.

Martín no sabe cuándo le darán de alta en el Portal Amarillo. Mientras continúa el tratamiento, aprovecha para terminar sexto de escuela con la maestra de la institución. Estudia dentro del horario del grupo diurno: en medio de alguno de los talleres, con la complicidad de la maestra, Martín se aparta de sus compañeros para preparar el examen de finalización de Primaria.

Además, por fuera de la institución, Martín recuperó los domingos de fútbol (aunque reconoce que no es un gran jugador) y algunos de sus antiguos amigos. En sus horas libres también participa de un programa en la radio comunitaria del barrio en el que, junto con otros cinco o seis jóvenes, pasan música y charlan sobre temas de actualidad o de la vida cotidiana.

Todavía quedan algunas huellas de la época de consumo de pasta base en el cuerpo de Martín. "Ahora no ando desprolijo pero me faltan los dientes, no me arreglé la boca, estoy descuidado", dice preocupado. Incluso, aún hay gente que, al verlo por la calle, desconfía de su aspecto y cruza a la otra vereda.

Si bien tras el tratamiento ha recuperado parte de los afectos que había dejado de lado por la pasta base, Martín sigue teniendo una contradicción interna. Recuerda que muchas veces se sintió solo y señala que eso es "feo". Pero añade: "Por eso me gusta estar solo". Es que también ha sufrido sucesivos desencantos en su relación con otras personas. "Tuve varias experiencias cuando estuve con gente, experiencias que no me sirvieron", dice pensativo.

Martín cuenta que no le tiene “miedo” a las mujeres, pero que “ya no es lo mismo encararlas”: “¡Andá a decirle a una que estás en tratamiento! ¿Sabés qué? Una patada y arrancá”. Igual, según sus palabras, después que le den de alta en el Portal Amarillo, se imagina a sí mismo: “Con una buena casita, una buena gomita, una buena chichi y mis hijos”.





La historia de Joaquín, segunda parte
RESCATARSE A CORO



Silencios de una familia

Cristina, ama de casa y modista, ya sabía desde hacía tiempo que Joaquín, su hijo menor, consumía drogas, aunque no tenía claro qué sustancia. “Yo veía muchas cosas raras: el malhumor espantoso, que no le alcanzaba plata ninguna, vivía pidiendo. Aparte, uno entraba a su cuarto y veía paquetes raros, papeles raros. Él salía a cantar y tocar la guitarra, daba una vuelta una hora y ya venía a encerrarse ahí”, recuerda Cristina. A lo que Rita agrega: “Poníamos una cortina para que no se viera la luz del fuego. Era horrible”.

Cuando Cristina intentaba hablar del tema, no recibía respuesta. “No me hacía caso, me decía que lo dejara tranquilo, que no estaba haciendo nada malo”, cuenta. Así que decidió guardarse su preocupación para sí. No quería hablarlo con su esposo, Enrique, ni con su hijo mayor, Julio, porque temía que derivara en problemas aun mayores: “No sabía cómo se lo iban a tomar. Yo tenía miedo de que él (Enrique) lo agarrara a palos y fueran uno a la cárcel y el otro al cementerio”, dice.

Al ver los informes periodísticos en televisión sobre los consumidores de pasta base, Enrique solía repetir: “Yo los encierro en una pieza y les doy y les doy hasta que se harten”, recuerdan él y Cristina en distintos momentos, casi con las mismas palabras.

Por eso, en solitario, Cristina comenzó a prestar atención y a reunir información. Consultó en Manantiales, el Portal Amarillo y Remar. Ella no ahonda en sus sentimientos durante ese tiempo, pero cuenta que comenzó a tomar antidepresivos para tener el ánimo suficiente para enfrentar la situación. Ni siquiera a la médica que se los recetó le explicó cuál era la causa de su angustia. En silencio, observando a su hijo y cargando con su preocupación, pasaron dos años.

Un día, cuando Cristina volvió de la feria, encontró en la heladera un paquete con marihuana. "Salí derecho a enfrentar a Joaquín, porque ya sabía que era suyo. ¿Y esto qué es?", le pregunté. Y me dice: 'Ah, eso me lo dieron para guardar. Me dijeron que era helado"', cuenta Cristina. No le creyó, pero tampoco insistió. Durante los días siguientes anduvo preocupada y entristecida. Julio le preguntaba qué le pasaba, pero ella no decía nada. Hasta que finalmente le contó.

La reacción de Julio fue inesperada para Cristina: "Menos mal que te diste cuenta. Ya era hora", le dijo. Hacía unos cuatro años que sabía que su hermano consumía drogas, pero no le había dicho a nadie. "Cuando descubrí a Joaquín fumando tabaco le dije a él y a mi madre, y los dos estuvieron más de seis meses sin hablarme. Así que cuando descubrí que consumía pasta base, no dije nada. Nunca dije nada. ¿Para qué? Para que no me hablen por cuánto, ¿10 años? No, algún día se iban a dar cuenta", explica Julio con frialdad.

Enrique, jubilado tras décadas de trabajar en frigoríficos y barcos pesqueros, también lo sospechaba por los comentarios que corrían en el bar. "Lo que pasa es que yo venía acá, estaba dos, tres días. Luego me iba a trabajar y pasaba 10, 15 días sin venir. Cuando estaba acá no quería hacer problema", dice.

Todos los silencios terminarían a partir de una carta que Cristina le escribiría a su hijo. "Vi que hablándole no conseguía nada y que Rita andaba por el mismo camino. Entonces, le escribí a Joaquín una carta", cuenta. Allí, le planteaba que "tenía dos caminos para seguir. Uno era la cárcel, el cementerio o el Vilardebó, si seguía como iba. Y el otro era un camino muy largo, muy duro, lleno de escollos, de mucho dolor y llanto. Pero al final, iba a salir airoso y la familia íbamos a estar siempre protegiéndolo, al lado de él", cuenta Cristina.

Según ella, su hijo “leyó la carta adentro de su cuarto y estuvo tres días sin salir. No quería levantarse, no quería bañarse, nada”. Joaquín dice que pensaba no levantarse más, mientras que Rita es todavía más dramática y afirma: “Se quería quedar a que lo comieran los gusanos. Se quería dejar morir”.

Cristina seguía llorando a escondidas. Enrique, que veía que la situación se había agravado, se sentó frente a ella y le dijo: “¿Qué le pasa a Joaquín? Vos tendrías que averiguar y ayudarlo”. Esa frase comprensiva de su marido fue un apoyo esencial para soportar esos días. “Ya tenía la dirección del Portal y la hora a la que lo tenía que llevar. Tenía todo resuelto. Ya sabía hasta lo que consumía y todo. Estaba esperando que él me pidiera ayuda, nada más”, dice Cristina. Pero el paso final lo dio Rita. Asustada por la reacción autodestructiva de Joaquín, fue a pedirle ayuda a sus suegros, a escondidas de él.

Era el 2 de diciembre de 2008, la fecha en que Joaquín y Rita dejaron de consumir pasta base. “Fue un sufrimiento muy grande para mi familia, mi madre, mi padre. Y eso me llevó a darme cuenta de que no se podía seguir así. No estaba bueno”, resume Joaquín casi un año después. Ambos siguen en tratamiento en el Portal Amarillo, sin siquiera una recaída.

Dulzura y límites

La decisión de Joaquín y Rita de empezar un tratamiento implicó cambios para todos en el hogar. Ellos dos no podían salir a la calle sin compañía, manejar dinero ni dejar cerrada la puerta de su habitación. Cristina los acompañaba a todos lados. Julio, que tiene su taller de carpintería en la entrada de la casa, controlaba que la pareja no saliera. Enrique comenzó a ir a las reuniones de padres del Portal.

En base a su experiencia como terapeuta familiar, Silva sostiene que “la abstinencia no es sólo un desafío individual. Tenemos que ser conscientes de que el adicto, en principio, tiene que luchar contra su propia resistencia al cambio y la de todo su entorno familiar. Después, está la resistencia del entorno social, del barrio que sigue diciendo: ‘Ahí viene el pasta base’, amplificado por la prensa que lo ubica como el enemigo público número uno. Entonces se organiza un diagnóstico y tratamiento social extremadamente insalubre. Se hace muy difícil remar en contra de eso”.

–Lo que no me acuerdo es cómo hicimos para dejar de consumir de golpe. ¿Cómo nos aguantamos? –le pregunta Rita a Joaquín.

–No salíamos. Yo no iba a trabajar y nos quedábamos adentro de casa, en internación domiciliaria. Ahí empezó la voluntad –responde él.

–Yo tenía calambres, vos tenías calores, como fuego. Transpirábamos, dejábamos todo con olor. Y pasábamos comiendo dulce, Cristina nos daba mucho dulce, dulce de batata, dulce de membrillo –recuerda Rita.

–Yo estuve tres días transpirando de noche, mal –dice Joaquín.

–No, más. Estuvimos 20 días necesitando la pasta base –corrige ella.

La abstinencia tuvo para Joaquín otro síntoma que no aparece en los manuales de rehabilitación: estuvo tres meses sin poder cantar. “Es algo muy espiritual, muy del alma. Y tenía un peso muy grande arriba mío”, explica. Actualmente asiste al grupo diurno del Portal y lidera “La rescatada”, la murga del centro. Su teoría es que “todo el mundo puede cantar” y, a fuerza de repetir escalas, más de uno lo ha empezado a comprobar. Entre ellos, Martín.

Joaquín es uno de los pocos en el centro que no ha tenido recaídas y que puede manejar dinero o profundizar sobre sus épocas de consumo sin descompensarse. En cambio, Rita va al Portal sólo para las consultas con especialistas y todavía precisa compañía permanente. “Aún hoy Rita no sale sola. No le tengo confianza”, dice Cristina. A lo que Rita asiente: “Yo tampoco me tengo confianza”.

Muchas fueron las veces que Rita intentó dejar las drogas sin éxito: “Estuve en comunidades evangélicas, en clínicas privadas, pero siempre recaía. Mamá me internaba, me sacaban de paseo a los seis meses y salía corriendo, me escapaba y consumía. Lo máximo que estuve fueron 10 meses y medio en el (Hospital) Maciel sin cocaína, con voluntad y con tratamiento. Y sin pasta base estuve seis meses, pero por estar encerrada”, cuenta.

En realidad, también dejó las drogas durante el embarazo y los dos meses y medio en los que amamantó a su hija, aunque no lo cuenta entre los períodos de abstinencia a menos que se le pregunte. “Pensé en mi hija. Era re fisurada, no podía vivir sin la cocaína, pero la dejé completamente. Marihuana habré fumado una vez, dos”, recuerda.

Para Rita, la clave de que ahora esté pudiendo sostener la abstinencia es “el amor”: el amor de Joaquín, que la contiene “con mimos, con dulzura”, y el de sus suegros, especialmente de Cristina. “Si fuéramos al Portal y no la tuviéramos a ella que es una mamá, no estaríamos así. Los dos estaríamos en la calle consumiendo”, afirma.

“Yo tengo miedo de recaer, pero sé que no lo voy a hacer. Amo a Joaquín. Quiero mucho a mi suegra, a mi suegro”, dice Rita, emocionándose. “Una vez estuve por recaer. Nos habíamos ido para afuera. Estábamos cerca de la ruta, escuchábamos los camiones, no me podía dormir. Habíamos sacado un préstamo, teníamos mucha plata y me iba a ir. Pero me puse a pensar que perdía todo. También pensé que ya maté a mi papá de un disgusto y Enrique está operado del corazón, y no quiero que le pase nada”, cuenta y se pone a llorar.

Los desafíos del presente

Un domingo de octubre Joaquín se quedó jugando al PlayStation hasta las 5 de la mañana con un amigo que lo visita una vez cada un par de meses. Es uno de los pocos que sigue viendo, porque sólo toma alcohol. El resto sigue “en carrera de consumo”, dice Joaquín con asumido tecnicismo.

Se quedaron jugando y tomando vino, mientras Rita dormía intranquila. Tres veces en la noche hubo que frenar porque ella se despertaba soñando que consumía y lo llamaba a Joaquín para que la ayudara a volver a conciliar el sueño.

Esa semana los padres de Joaquín se habían ido a Treinta y Tres, de donde el padre es oriundo. Desde las primeras horas, Rita extrañaba tanto a Cristina que Joaquín no se pudo contener y le hizo una de sus bromas. Le dijo que sus padres no iban a volver, que se iban a quedar allá. “¿No viste la cantidad de ropa que se llevaron? ¿No te diste cuenta que nos saludaron con más efusividad que otras veces? ¿Nos dejaron toda esta casa para nosotros!”, le dijo. Rita reaccionó: ella no quería la casa, quería a Cristina, su madre postiza, su compañera de mates, su confidente, su “todo”, dice sin escatimar. Así que la llamó para preguntarle si lo que Joaquín decía era cierto y Cristina lo desmintió, mientras él se reía cariñosamente de la inocencia de Rita.

Durante esos días, Joaquín dejó de ir al Portal para acompañar a Rita. Una mañana aprovechó para salir a trabajar unas horas. A eso de las 9 empezó a cantar su repertorio habitual en los ómnibus: “A desalambrar” y “Milonga de pelo largo”. De vez en cuando varía de canciones para no aburrirse, pero dice que esos son los dos temas con los que más dinero recibe.

Joaquín pensaba volver a las 14 horas, pero a las 11 Rita lo llamó al celular porque lo extrañaba. En verdad, no sabía muy bien si era eso o que tenía ganas de consumir, se le mezclaban las sensaciones y necesitaba que él volviera a casa. Cuando Rita amaga con recaer, Joaquín la ayuda con la misma técnica que usa para controlarse: comparando cómo estaba antes y cómo está ahora.

–Al ver que estás bien, tu hija empezó a venir a visitarte y te puso de número amigo en el celular, hablaste con ella todos los días –le recuerda Joaquín.

–Mi hermano me odiaba. Se murió mi padre y me hizo la cruz de por vida. Ahora me perdonó, ahora me quiere. Recuperé a toda mi familia. Y ahora tengo a Joaquín, a mi suegra, a mi suegro –piensa Rita en voz alta y su ánimo mejora.

–Son las cosas que tenés que poner en la balanza –concluye él.

En su momento, esa evaluación no evitó que probaran la pasta base, ni que la siguieran consumiendo. Rita reflexiona: “Lo que no se entiende es por qué Joaquín cayó en eso. Es tan inteligente. A mí se me murió mi papá y me eché al abandono. Pero él no sé qué problema tuvo, no me dice”. Si tiene que dar una explicación, Joaquín afirma: “Es que soy desordenado. Soy vicioso. Yo sé que tengo que tener mucho cuidado con todos los vicios”. Y añade que, para él, la adicción a la pasta base “no es por falta de inteligencia. En eso no hay clase social, no hay diferencias”.

Según Silva: “La definición primaria de inteligencia es la capacidad para resolver problemas de la vida, por eso es una entidad multifactorial. Uno puede tener una gran inteligencia para resolver cierto tipo de problemas en territorios muy concretos, acotados. Pero una persona muy inteligente en algunos aspectos puede vivirse como un discapacitado intelectual para resolver problemas emocionales: cómo cuidar los vínculos, establecer los límites con el otro, respetarse mutuamente e instalar y mantener eso en su vida cotidiana”.

Las dificultades para cuidarse y relacionarse con los demás pueden ser más o menos evidentes, pero son un factor en común entre la mayoría los usuarios del Portal. “Lo destructivo puede estar presente en formas menos visibles, como el tema del alcohol y la comida, o en formas más impactantes, como con el VIH”, ejemplifica Triaca.

Cuando pasan todo el día juntos, Joaquín y Rita discuten más. “No puedo controlar mis impulsos, lo mando todo el día. Me tengo que aguantar porque lo saco de las casillas y él también tiene problemas. Pero me sacude y me hace sentir peor. No me gusta que me grite, mi papá me gritaba, me pone nerviosa”, cuenta Rita. Joaquín, por su parte, agrega: “Si a mí hay algo que no me gusta es que me manden. Nunca me gustó”.

Pese a las peleas cotidianas, Joaquín no duda en decir: “Este año hubo momentos muy felices, muchos, pero uno de los más felices fue cuando nos comprometimos”. Lo especial de ese día estuvo en “todo el ambiente que se generó, porque vinieron todos los amigos y músicos, por la alegría de mi padre, que estaba como un gurú chico. Se sumaron muchas cosas muy lindas”. Para la ocasión, Joaquín y Rita sacaron un préstamo, aunque esta vez no fue para saldar una deuda con una boca. El dinero era para financiar la grabación del primer demo del grupo de folclore que él integra y para comprar las alianzas, algo de ropa y un microondas para Enrique y Cristina.



Índice

Prólogo por Milton Romani. ESTÁ DICHO: EL PROBLEMA DROGAS ES UN TEMA COMPLEJO	4
Introducción. LA PASTA BASE DE COCAÍNA EN URUGUAY	7
La historia de Martín, primera parte. LA ESCUELITA DE LA CALLE	9
La historia de Joaquín, primera parte. EL HAMBRE Y EL BOTÍN	23
La visión de un policía. UNA LUCHA DE NUNCA ACABAR	35
La visión de una jueza. ESCALAS DE CULPABILIDAD	49
La visión de una "mula". CON LA CARGA SOBRE EL CUERPO	57
La historia de Martín, segunda parte. LA VUELTA AL HOGAR	73
La historia de Joaquín, segunda parte. RESCATARSE A CORO	85

Un gallo y cuatro gallinas por pasta base

Propuso "emergencia nacional" por la pasta base

Adicto a la pasta base mató de un tiro a la madre y se suicidó

declarar en un juicio por el tráfico de pasta base

Rapiñas. Intentaron asaltar a dos de las víctimas en el Cerro y Casavalle

Directa relación entre la pasta base y la violencia

“La persona cuando ve una plancha se aleja. Y date cuenta que cuando es un pasta base no está vestido igual, no tiene los mismos championes o la campera Alfa, porque los empuñó”.

La industria del mal

De las hojas de coca a la pasta base

El comercio de pasta base...

Familiares de adictos emprenden guerra contra la pasta base

Habla el comisario que le pegó el golpe más duro a diabólicos traficantes de pasta base

CUELGAN CHAMPIONES Y ZAPATOS VIEJOS EN RAMAS DE ÁRBOLES Y CASAS PARA CAPTAR ADICTOS A LA PASTA BASE

“Lamentablemente el público más ignorante consume esa basura (la cumbia villera), como la pasta base”

Padre mata a hijo adicto a pasta base

Año cerrará con requisa histórica de pasta base

Al cierre de este año...

Propondrá tipificar suministro de pasta base como "intento de homicidio"

SOCIEDAD

"La puta soledad, la puta pasta base"

Dicen que cuando se consume pasta base la persona se siente bien, pero después no puede dejar de recurrir a ella y la cabeza le termina explotando

"A los uruguayos los dejás felices con una casa en la playa para ir los domingos. Ese es un valor que sigue vigente, a pesar de la pasta base y de la cumbia villera"

Un artículo de prensa la presentó en 2002 como “La droga de los pobres”: barata como el pegamento, aunque estimulante como la cocaína. Poco tiempo después, ya nadie preguntaría a qué se referían quienes hablaban del “flagelo” de la sociedad uruguaya. Los consumidores pasarían a ser noticia por cometer robos insólitos de gallinas, frasco de shampoo y contenedores de basura.

“La gran visibilidad que tiene en virtud de sus efectos y fundamentalmente por producirse su consumo en los segmentos sociales más vulnerables provocó una importante alarma social”. La pasta base se convirtió en “la representantede la exclusión”.

Hay quienes conviven a diario con la pasta base. Personas que conocen en carne propia las consecuencias de su consumo, las dificultades de su combate, las tentaciones de su negocio. En este reportaje se busca mostrar el rostro de esos protagonistas cotidianos aunque, con excepción de los técnicos y la jueza, ellos y sus familiares prefirieron figurar bajo seudónimo.



Dirección
Nacional
de Impresiones
y Publicaciones
Oficiales

IMPO

más información, más ciudadanía